

COMEDIA FAMOSA.

# AL NOBLE

## SU SANGRE AVISA.

DEL MAESTRO TOMAS MANUEL DE PAZ.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Alexandro, Rey.

Carlos, Galan.

Astolfo, Vujo.

Federico, Viejo.

\* \* \*  
\* \* \*  
\* \* \*  
\* \* \*

Aurelio, Conde.

Diana, Duquesa.

de Mantua.

Estrella, Dama.

\* \* \*  
\* \* \*  
\* \* \*  
\* \* \*

Flora, Criada.

Alisio, Criado.

Pilon, Gracioso.

Música, y Acompañamiento.

### JORNADA PRIMERA.

*Salen Astolfo, vestido de pieles, con barba blanca, y Federico de Villano, tambien con barba, que será entrecana.*

Fed. YA, Astolfo, y señor, que el Cielo, para alivio de mis penas, ha permitido te hallase al tiempo que en la maleza, para mi formé sepulcro, aun donde el Sol no me vea. Ya, pues, que de tus fortunas, á pesar de la tristeza, me diste noticia, haciendo teatro de tus tragedias: y ya, pues, que de tu alvergue, sin saber á quien hospedas, con cariño y con valor, dueño permites que sea: y ya que tengo entendido me mandas, que te refiera la causa de mi retiro, en la margen lisongera descansa de aquesta fuente, mientras que yo de mis penas te doy noticia, si acaso los rüores de mi estrella no quitan, por mas tormento, el movimiento á la lengua.

Ast. Solo con esa esperanza he divertido la queja, que tan justamente tengo del silencio á que te entregas, pues quando recién llegado no bastó el trage que ostentas á conocer, que sin duda, ó es vana toda mi ciencia, ó encubres un alma noble entre rústica corteza: por cuya causa, llevado del aprecio de tus prendas, no pude disimular de mis fortunas deshechas, tras veinte años de silencio, el darte noticia de ellas: y habiendo de tus suspiros conjeturado en mi idea ser extraño tu suceso, te pedi me le dixeras varias veces; pero tú, por esas nevadas hebras de plata, en cristales dabas mudamente la respuesta: con lo qual, juzgando haber hallado quien divertiera el peso de mis desdichas, en mi suerte tan adversa,

que tu pena, Alberto amigo,  
hace crecer mas mi pena.  
Mas ya que determinado  
estás á decirlo, alienta,  
que es Astolfo quien te escucha,  
que aunque para sus tormentas  
no ha habido humano remedio,  
puede ser que de manera  
sean las tuyas, que se alcance  
aun mas de lo que deseas.

*Sientase Astolfo.*

Ya estoy sentado, prosigue,  
que si no miente mi ciencia,  
del prodigio de tu historia  
tendrá fin mi suerte adversa,  
como me avisan los Astros.

*Fed.* Deme quien soy fortaleza:  
Nápoles: (aun no he empezado,  
y ya siento que flaquea)  
Nápoles, pues, Noble Astolfo,  
que de su Reyno Cabeza  
es (maravilla del mundo)  
fue la parte donde ordenan  
los Cielos que recibiese  
la mas ilustre Nobleza,  
que del Rey abaxo vieron  
de su Rey de Armas las letras.  
Naci, pues, su Condestable....

*Ast.* Válgame el Cielo! *ap.*

*Fed.* Aqui empieza  
con mas atencion á oirme,  
suplicándote que adviertas,  
que mi nombre es Federico,  
que mudarle fue advertencia  
que ya tendrás conocida:  
fui de mi Reyno la estrella  
mas inmediata del Sol,  
pues siempre del Rey tan cerca  
estuve, que me ilustraban  
los rayos de su grandeza.  
Tan querido de Rodulfo  
me hallaba, que fue cautela  
tal vez no admitir favores,  
por no dar correspondencia.  
Un Argos fui de su gusto,  
y el Rey del mio lo era:  
(mira qué haria un Vasallo  
leal con tanta fineza!)  
Cargó el peso del gobierno

sobre mis hombros: (quisiera  
decirte que su fatiga  
siempre á mi amor fue ligera)  
Siendo el Rey mozo, dexó  
á mi eleccion que eligiera  
la consorte á su persona:  
hallóla mi diligencia  
en Parma, cuya hermosura  
fue á Rodulfo tan ácepta,  
que con su gusto, y del Reyno,  
me partí por su Duquesa.  
Entré en Parma, (ay de mi triste!)  
recibiéronme con fiestas,  
desposeme con poderes,  
y la jornada dispuesta  
para Nápoles, escucho  
en una inmediata pieza  
de donde la Reyna estaba,  
con dolor y con prudencia,  
de una dama el tierno llanto.  
Seguí el acento y las quejas:  
(que fueron á mis oidos  
el canto de las Sirenas)  
Hallé á Violante: (perdona  
que aqui un rato me detenga,  
que como la vi llorar,  
y como fue la primera  
que por las puertas del alma  
robó todas mis potencias,  
tambien aqui su memoria  
casi me despoja de ellas)  
Era de la Reyna prima,  
y viendo como la dexa,  
y que sin ella se parte,  
lloraba por ir con ella.  
Supliquéla que la lleve;  
aceptó presto su Alteza,  
que el amor, á poco ruego,  
concede lo que desea.  
Parto á Nápoles gozoso,  
y con poca diligencia  
hallé en Violante cariño;  
mas no me espanto, que era  
Federico en aquel tiempo,  
en la gala y gentileza,  
el Adonis de su Reyno:  
(qué comparacion tan necia!)  
con el amor me olvidé  
de la pasada soberbia.

Y por abreviar te digo,  
que me desposé con ella  
en secreto por entonces:  
que quando se unen Estrellas,  
ni hay plazo que no se alargue,  
ni hay ocasion que lo sea.  
Hallóse la Reyna en cinta,  
y al mismo tiempo mi prenda:  
y estando para sacarla  
trazando varias cautelas,  
llevó el Rey á Mirafior,  
Aldea mia, á la Reyna,  
para que en varios Jardines  
de su gusto se divierta:  
por lo qual tambien Violante  
la fue forzoso ir con ella:  
y porque admireis, Astolfo,  
lo que los Cielos ordenan,  
cogió en una noche el parto  
á mi esposa y á la Reyna.  
Fueron hijos los dos partos,  
fingióse mi dueño enferma:  
(ocasion que nos valió  
el logro que se deseaba)  
Gustoso el Rey del suceso,  
daba ocasion que tuviera  
el aliento de mi dicha,  
igual la correspondencia,  
pasando mi propio afecto,  
para con él, por fineza.  
Pero viendo que el Infante  
el dulce alimento dexa,  
con peligro de la vida,  
cubrió á todos de tristeza,  
y de sentimiento el Rey,  
dió señales, que pusieran  
(á pasar mas adelante)  
á la suya en contingencia.  
Viendole casi rendido,  
discurro como pudiera  
remediar tan grave daño:  
y propusome la idea  
el remedio, y sin hacer  
segundo acuerdo en su audiencia,  
aquella noche quité,  
con secreto y con cautela,  
el hijo del Rey, mortal,  
y el mio, cuya belleza  
me llevaba el corazon,

dexé entre las Reales telas,  
llevando el casi difunto  
al ama, sin que lo sienta:  
(porque conozcas, Astolfo,  
lo que un afecto despeña.)  
Aun no los rayos del Sol  
de su luz nos daban señas,  
quando juzgandose el Rey  
sin alma, vida y potencias,  
oyó la nueva dichosa,  
sin saber cosa tan nueva;  
al mismo tiempo que yo,  
pesaroso de la empresa,  
al ama entro á ver del mio,  
y juzgando de hallar muerta  
á la causa de mi muerte,  
gozaba del dulce nectar,  
sin hallarse haber tenido  
accidente su flaqueza.  
Dió el Rey la vuelta á la Corte,  
y tan presto dió la vuelta,  
que no pude deshacer  
el daño que me atormenta;  
porque llevando gozoso  
á mi hijo, y á la Reyna,  
no tuve mas ocasion:  
y así, señor, me fue fuerza  
criar por mio el Infante,  
sin hallar modo, ó manera  
de desatar este engaño;  
y porque mi inadvertencia  
tuviese el dolor cumplido,  
mi esposa murió en la Aldea  
de sobreparto, y quedó,  
disimulando la pena,  
criando á Carlos, de modo,  
que no echára su ignorancia  
menos los Reales cariños,  
enseñanzas y asistencias.  
Salió galan por extremo,  
cada accion ponía una flecha  
que el corazon me pasaba,  
porque la naturaleza  
no pudo fabricar hombre  
de virtudes tan excelsas  
para la Corona: y esto  
me traía de manera,  
que solo el disimularlo  
era batalla sangrienta,

4  
que la templaba la vida  
de Alexandro, que este era  
el nombre que el Rey le dió  
á mi hijo: y aqui es fuerza  
no pintar su gallardia,  
que puede ser que la lengua,  
de la pasion ayudada,  
diga mas de lo que intenta.  
Corrió el tiempo, hasta que el Rey  
casar á Alexandro ordena  
con la Duquesa de Mantua;  
vine, señor, á su tierra,  
capitulé el casamiento,  
y mirando á mi conciencia  
el daño que la cercaba,  
quise, á pesar de mi afrenta,  
antes pasar por culpado,  
que no encubrir tanta ofensa.  
Y habiendo dado el retrato  
de Carlos á la Duquesa,  
tuve modo de fingir,  
que en una caza de fieras,  
una me quitó la vida,  
y de un Criado de prendas  
fio la nueva y papeles:  
Estos á Carlos los lleva  
entre los quales dispuso  
un pliego mi providencia,  
sellado, para que al Rey  
le dé Carlos, quando sepa  
que soy muerto; y en la carta  
al Rey le doy larga cuenta  
de todo quanto has oido,  
sin faltar en una letra,  
y con otras circunstancias  
tocantes á esta materia.  
Y habiendo dicho al Criado  
en la parte que le espera  
mi persona, me retiro  
adonde nadie me vea,  
á llorar mi desventura,  
pues quiso mi suerte adversa,  
que naciese una traicion  
de una imprudente fineza.  
Y asi, Astolfo, esta es la causa  
de mi trage y mi tristeza,  
aunque en tan grande desdicha,  
dispone el Cielo que tenga  
compañia en mis sucesos,

y puerto en tanta tormenta.  
Ast. Admirado estoy del caso,  
mas no de modo que tenga  
imposible su remedio,  
que puede ser, quando vea  
el Rey la carta, remedie  
el dolor que te atormenta;  
y si no lo remediare,  
tiene el consuelo tu pena,  
haber causado este yerro  
del cariño la violencia.  
Y pues dixiste al Criado  
el laberinto en que quedas,  
y quedó de darte aviso,  
fi de que quando vuelva,  
de tu confuso cuidado  
te ha de traer feliz nueva.  
Yo si que soy desdichado;  
(ay dulce y perdida prenda,  
blanco donde mi enemigo  
quebró la furia sangrienta!)  
Vamos, Federico amigo,  
que ya de la quarta esfera  
dispara el globo de luces  
ardientes de fuego flechas:  
y para el calor, ya sabes  
que es mi estancia mas amena;  
además, que puede ser  
que hayan de algunas Aldeas  
venido por medicinas,  
que les previene mi ciencia,  
arte que en mis mocedades  
me inclinó naturaleza,  
como ya te tengo dicho,  
de que se sigue que tenga  
fama en todo el Apenino,  
y mi vejez conveniencias.

Fed. Vamos, Astolfo, y el Cielo  
te pague tanta clemencia,  
y le pido: Ast. Qué le pides?

Fed. Que halles la luz de tu estrella.

Salen Alexandro, el Conde Aurelio y qua-  
tro Musicos

Mus. Coronado de trofeos  
el Sol de Nápolés sale,  
el valeroso Alexandro,  
y Napólitano Marte.  
La frente Augusta ceñida  
de victorias inmortales

del Cetro, y de la Corona,  
heredadas de su padre.

Liberal sus resplandores  
á todo el mundo reparte,  
que no es luz la que se tarda  
un punto en comunicarse.

*Alex.* Cese el métrico instrumento,  
porque mi pena porfia,  
y es lisonja su harmonia  
al rigor de mi tormento.

A no dar gusto condeno  
á mi gusto, pues advierte,  
que mi desdicha convierte  
el antidoto en veneno.

No canteis mas, despejad,  
que no sé por qué razon  
atormenta el corazon  
el Trono y la Magestad.

Por qué estoy triste apetezco  
saber, y no hallo el por qué;  
y aunque padezco, no sé  
la razon por qué padezco.

Procurara remediar  
mi daño, si le supiera,  
y es mi desdicha tan fiera,  
quanto no poderle hallar.

Tiene su discurso en calma  
esta tristeza vehemente,  
pues al paso que la siente  
al mismo la ignora el alma.

*Aur.* Hoy que Nápoles la bella  
por Rey te vió coronar,  
tanta pena has de mostrar?

*Rey.* No puedo vencer mi estrella,  
Conde Aurelio, que el rigor  
que el regio triunfo deshace,  
sin duda alguna que nace  
de causa mas superior:  
porque de buena razon,  
viendome tan aplaudido,  
tan estimado y querido  
del Reyno, mi corazon  
mas gustoso habia de estar,  
y es tanta la tirania  
de mi mal, que su alegria  
aumenta mas mi pesar.

*Aur.* El saber no te da aliento  
que Federico ha llegado  
á Mantua, y efectuado

con Diana el casamiento,  
cuya admirable belleza,  
dicen que no tienē igual?

*Rey.* Ni aun eso alivia mi mal;  
tal es, Conde, mi tristeza,  
que aunque Federico tarda,  
ni yo estoy enamorado,  
ni padece mi cuidado  
el alma del que amando aguarda.

Idos, y las alegrías  
haced, Conde, suspender,  
hasta hallar, si puede haber,  
remedio á las penas mias:  
y por si esta pena cesa,  
á Velflor te partirás,  
que es del Conde, y detendrás,  
quando llegue, á la Duquesa.

Procurala entretener,  
mientras solicito hallar  
alivio en tanto pesar  
en su casa de placer,  
porque su grande belleza,  
fiada en justo contento,  
no es bien que un desabrimiento  
halle, en lugar de firmeza.  
Y demás á mas, advierte,  
que no salga de Velflor  
sin mi aviso, si el dolor  
antes no me da la muerte.

Y asimismo partirás  
luego al punto al Apenino,  
y aquel ingenio divino  
de Astolfo le pedirás  
que venga á ver mi persona,  
y este achaque no entendiendo,  
que le daré agradecido,  
si le alcanza, mi Corona.

Traele con estimacion,  
que segun yo to deseo,  
parece, Aurelio, que veo  
libre por él mi pasion.

*Aur.* Con el silencio, señor,  
mi obediencia y sentimiento  
explico, que mi tormento  
no halla lengua á tal dolor.

*Vase, y sientase el Rey.*

*Rey.* Ea, Alexandro, ya estás  
solo, y aqui en el silencio,  
á mi de mi me pregunto

la causa por qué padezco?  
 No soy Alexandro yo,  
 del Rey Rodulfo heredero?  
 pues si nací Rey, qué puede  
 embarazarle á mi pecho?  
 Los Réynos que me dexó  
 mi padre, en paz no los tengo,  
 y en quietud? pues si es asi,  
 quién causa guerra á mi aliento?  
 Si mientras vivió mi padre,  
 con ser único heredero,  
 no me tuvo voluntad,  
 por ser á su gusto opuesto,  
 y á pesar de sus desvios,  
 y de su trato severo,  
 el Reyno todo me amaba  
 leal, y con tanto extremo,  
 que llegó á tener envidia  
 ya su valeroso pecho?  
 Si entonces me daba pena  
 mirar su aborrecimiento,  
 ya estoy libre de sus iras,  
 y de la Corona dueño,  
 por lo qual esto no es  
 la causa de mi tormento:  
 si el privado de mi padre,  
 Federico, es de mi afecto  
 la mas estimada prenda,  
 y está ausente, no por eso  
 hay razon para que un Rey,  
 por un vasallo, aunque bueno,  
 llevado de su cariño,  
 haga, por su ausencia, extremos:  
 si la Duquesa de Mantua,  
 de su hermosura por dueño  
 me admitió, y yo no me abraso  
 en sus divinos incendios,  
 no será causa tampoco  
 de este ignorado veneno:  
 si quando murió mi padre,  
 con un cuidadoso afecto  
 me dixo: Alexandro mio,  
 Federico, á lo que entiendo,  
 aunque nunca fue casado,  
 un hijo tiene mancebo,  
 gallardo, y de ricas partes,  
 el qual prudente y secreto,  
 crió fuera de la Corte,  
 que á su decoro atendiendo,

no se declaró jamás,  
 por ser el Conde un espejo,  
 en quien nunca vió vapor  
 el envidioso, ni el cuerdo.  
 Llamase Carlos, y fio  
 que harás, pues yo te lo ruego,  
 que en él vea Federico,  
 si á sus servicios atiende:  
 Este cuidado, tampoco  
 puede causar en el centro  
 del alma ningun cuidado,  
 pues yo á Federico quiero  
 de manera, que ha de ver,  
 que es dar con fineza el premio:  
 y asi, en aquesta atencion  
 de mi padre, y su precepto,  
 no puede haber pena alguna,  
 por ser lo que mas deseo.

*Sale Alis.* Grandes novedades miro! *ap.*  
 el Rey está aqui. *Rey.* Qué es esto?  
 Alisio, seais bien venido.

*Alis.* No cabe en mi entendimiento  
 el dar las nuevas que traigo,  
 con lo que pasa en el Reyno:  
 y asi, Carlos Gran señor,  
 del Condestable heredero,  
 las diga en vuestra presencia,  
 si le concedeis primero,  
 por hijo de Federico,  
 la licencia para hacerlo.

*Rey.* Si en Nápoles está Carlos,  
 cómo negarsela puedo?

*Salen Carlos, vestido de gala, y Pilon.*

*Carl.* Si señor, y á vuestros pies.

*Rey.* Serán mis brazos primero.

*Carl.* Si toco del Sol los rayos,  
 temeré abrasarme en ellos.

*Pil.* Si sois el Sol de la tierra,  
 con las plantas me contento.

*Carl.* Aparta, loco. *Rey.* No gozan  
 los Condestables del Reyno  
 con riesgo su ardiente esfera:  
 no sé qué al mirarle siento! *ap.*

que me causa su persona,  
 al paso que amor, respeto,  
 y no sé qué oculta causa  
 me templá el dolor al verlo.

*Carl.* Con tantas honras, señor,  
 muy bien atreverme puedo

á daros parte en mi pena,  
para que pueda mi pecho  
tener seguro el alivio  
en tan grande sentimiento.  
Despues que en Mantua dexó  
efectuado el empleo  
con vuestra esposa mi padre,  
estando cercano el tiempo  
de su venida, un caballo  
en una caza, soberbio  
le despeñó, á cuyo golpe  
la coluna que el Imperio  
sustentaba, dió la vida.  
y. Válgame todo mi aliento!  
Y al salir á daros parte,  
supe como todo el Reyno,  
por muerte del gran Rodulfo,  
que pisa hermosos luceros,  
vuestro triunfo Real celebra;  
por cuya causa, depuesto  
traigo el trage que pedia  
el natural sentimiento.  
Entre la ropa y papeles  
que Alisio me dió, hallé un pliego  
sellado, y su sobreescrito  
para vuestro padre; y viendo  
que acaso puede importar  
á la Corona el secreto,  
á vuestros ojos le traigo,  
pues vos solo podeis leerlo.  
Y asimismo, gran señor,  
pues han querido los Cielos  
que logre vuestra presencia,  
rendido os ofrezco á un tiempo  
el pesame, y parabien  
del triunfo, y del sentimiento,  
de quien me ha cabido parte  
tanta, que deciros puedo,  
no sentí de Federico  
el lamentable suceso  
tanto, como de mi Rey  
estoy ahora sintiendo.  
Esta es la carta. *dasela.*

y. Mostrad,  
y porque veais que agradezco  
ese dolor igualmente,  
os aseguro y advierto,  
que he sentido á Federico  
de modo, que no prevengo,

si al morir el Rey, sentí  
el dolor que ahora siento.

*Abre la carta, y la lee él para sí.*

*Alis.* Lo que intenta Federico *ap.*  
por ningun caso comprendo;  
pero á mi el obedecer  
me toca, y guardar secreto.

*Pil.* Este es el Rey? yo pensaba  
que era algun Gigante fiero,  
como el de Onas, á quien  
dió la muerte el Rey Salmero.

*Rey.* Raro prodigio! ya hallé *ap.*  
de mi accidente el remedio;  
sin duda que el Condestable  
fue padre mio, si advierto  
tanto amor en Federico,  
como en Rodulfo despegos:  
ademas, que es un retrato  
Carlos del mismo Rey. *Carl.* Cielos,  
en esta carta qué traxe,  
que hace el Rey tantos extremos?

*Pil.* Parece danza de monos,  
que se explican con los gestos.

*Rey.* Y el templarse la tristeza, *ap.*  
es evidente argumento  
de haber hallado la causa  
de mi mal, si considero  
á mi sangre, repugnando  
lo soberano del puesto,  
y que no repugna el darle  
á Carlos el Solio Regio;  
y mas quando Federico  
fue Vasallo tan atento,  
que no nació el Sol tan puro,  
como él lo fue en su gobierno:  
ademas, que si él quisiera  
fingir este engaño, es cierto  
que no abrazara mi sangre  
la nueva con tal sosiego;  
y así, sin duda ninguna,  
eran su pecho y mi pecho  
un relox, cuya lealtad,  
por faltarle, andaba inquieto.  
Descubrió el mal, y murió,  
dexando su movimiento  
tan sin gobierno en el mio,  
que solo siento sosiego,  
quando el remedio que él tuvo  
admito por mi remedio.

Y así, pues mi noble sangre,  
de este ignorado tormento  
me avisa, le daré á Carlos  
la Corona; y sepa el Reyno  
que no hay traicion sin malicia;  
porque si hay nobleza, es cierto  
que no callará su sangre  
el mas ignorado riesgo.  
Pero vamos poco á poco,  
que aunque todo es verdadero  
quanto he dicho, no es posible  
arrojarme á lo que intento;  
y así, antes de casarme,  
con mas prudentes acuerdos  
exâminaré si es Carlos  
digno del Solio Supremo.  
Y pues el Cielo conoce  
la intencion mia, le ruego,  
que si es suya la Corona,  
me descubra fundamentos  
mas claros que los que toco,  
y conozca el Universo,  
que es la Nobleza el crisol  
de virtud, lealtad y exemplo:  
esto ha de ser, llega, Carlos.

*Carl.* Qué decis, señor?

*Rey.* Que vuelvo

á darte otra vez los brazos,  
que he logrado gran festejo  
en haber visto esta carta.

*Carl.* Hasme tenido suspenso,  
que juzgué efecto contrario.

*Rey.* Y por pagar lo que debo  
á Federico tu padre,  
todos los honores Regios  
de que en la Corte gozaba,  
te los vuelvo á dar, y quiero  
que tenga mi Monarquía  
sobre tus hombros el peso,  
porque hijo de tal padre,  
es evidente argumento,  
que para empresas mayores  
habrá heredado el acierto.

*Carl.* No sabe, señor, la lengua,  
al ver tan grandes excesos  
de amor, pronunciar respuesta;  
y así, el agradecimiento,  
pues en palabras no cabe,  
explique por mi el silencio.

*Pil.* Y qué le das á Pilon.

*Rey.* Eres tú Pilon? *Pil.* El mismo.

*Rey.* Gracioso nombre teneis.

*Pil.* Es de pila por lo menos:  
el caso fue que mi madre,  
en el pion de mi Pueblo  
estaba lavando un dia,  
era flaca de cerebro,  
(aunque no de beber agua)  
cayósele el envolvero  
de la ropa, fue á cogerle,  
era el ovillo travieso,  
y por cogerle, cayó  
de pies y cabeza dentro.  
Estaba de mi preñada,  
y con el susto, se abrieron  
las ventanas de mi casa,  
y salí con gran despejo  
entre las pares nadando,  
por cuya causa me dieron  
el gran nombre de Pilon.

*Carl.* Dirá dos mil embelecos,  
no hagais caso, que es un loco.

*Rey.* Que me divierte os confieso:  
di que te den cien escudos.

*Pil.* Quién, señor? *Rey.* El Tesorero.

*Pil.* Pues pidole á Dios que vivas  
tanto; como has de estar muerto.

*Rey.* Alisio. *Alis.* Qué es lo que manda

*Rey.* Pues ya, segun lo que advierto,  
hoy llegará la Duquesa  
de Mantua, preven que luego  
esten postas prevenidas,  
porque esta noche pretendo  
con Carlos ir á Velflor:  
y á lo que veas, te advierto  
no te des por entendido,  
que te va la vida en ello.

*Alis.* Sin prevenirme, señor,  
sé obedecer con secreto:  
ven conmigo. *Pil.* No quisiera  
que se anublasen los ciento.

*Rey.* Carlos. *Carl.* Señor.

*Rey.* Porque veas  
lo que fio de tu ingenio,  
y de tu lealtad, escucha.

*Carl.* Solo busco obedeceros.

*Rey.* Pues has de saber (no estrañes  
tal caso) porque los Cielos,



para logro de mi dicha,  
parece que te traxeron,  
que aunque procuro casarme,  
antes, amigo, pretendo,  
saber si acaso la Reyna  
me tiene amor verdadero,  
que muger por conveniencias,  
mas que amor, es cumplimiento,  
y no hay concierto en el gusto,  
quando es el gusto concierto:  
que el interés y el amor,  
segun mi dictamen, siento,  
que raras veces se halla  
que asistan en un sugeto.  
Por esta causa, fiado  
en tu raro entendimiento,  
de que ya tengo noticia,  
por primer cosa te advierto  
que partamos á Velflor,  
trocándonos los sugetos;  
tú te has de fingir el Rey,  
yo Carlos fingirme tengo,  
que la Duquesa no puede  
venir en conocimiento  
de este caso, porque yo  
previne ya a questo riesgo,  
con decir á Federico  
diese tu retrato al tiempo  
que habia de dar el mio,  
para que pudiese luego,  
averiguado, decir,  
que el de su hijo por yerro  
habia dado á la Duquesa.  
Y ya que ha querido el Cielo  
que logre aquesta ocasion,  
prevente, porque al momento  
hemos de partir. *Carl.* Señor,  
pues qué consigues con eso?  
no es fuerza que la Duquesa,  
juzgando que soy el mismo  
de quien ya tiene el retrato,  
tenga grabada en el pecho  
la copia, que por los ojos  
le dió la ocasion y el tiempo?  
y Puede ser, y si es asi,  
saldí mejor con mi intento;  
porque aunque hay otro motivo,  
que á mi persona reservo,  
no busco, Carlos, muger,

que tenga amor tan ligero,  
que pueda un retrato solo  
robarla el entendimiento;  
porque es cosa averiguada,  
que quien se rindió tan presto  
á la gala de un retrato,  
con otro hiciera lo mesmo.  
*Qué mal sabes mi designio!* *ap.*  
trazas son que da mi ingenio,  
sobre un aviso que viene  
de Federico en el pliego,  
de aquel retrato de Carlos,  
prevenido de remedio,  
que dió en Mantua, por si acaso  
el Rey previniese cuerdo  
deshacer tan grande engaño;  
de donde tambien sospecho  
que intentaba Federico  
retirarse de este Reyno,  
si la muerte no atajara,  
segun juzgo, sus intentos.  
Y asi digo que no es justo,  
que quien quiere darle un Reyno,  
le empañe, ni aun con la vista,  
del honor el limpio espejo.

*Carl.* Y cómo quereis, señor,  
que yo al soberano dueño  
reciba, siendo forzoso  
los precisos cumplimientos  
ofender vuestros oidos,  
siendo en tan preciso empeño,  
decir la lengua lo mismo  
que destierra el pensamiento?

*Rey.* Eso, Carlos, no te toca,  
lo que te toca es hacerlo,  
que aunque es verdad que el honor  
es un purísimo espejo,  
que un breve aliento le empaña,  
sabrás ese breve aliento,  
si respirar quiere afuera,  
hacer que se vuelva adentro.  
Esto ha de ser; vamos, Carlos,  
que si apuro este suceso,  
que al Noble su sangre avisa,  
ha de ver el Universo.

*Vanse, y salen Diana Duquesa, Estrella  
Dama, y Flora.*

*Est.* Hermoso sitio, señora.

*Dian.* Agradable retrato de la Aurora;

no vi cosa tan bella,  
esta es Vellor, y con razon, Estrella,  
tanto la celebraba el Condestable.

*Est.* República de flores agradable:  
y no es del Rey? *Dia.* No sé que lo sea;  
mas aqui, á lo que entiendo, se recrea  
en sus melancolías,  
que aqui le dan tormento muchos dias  
con terribles rigores.

*Sale el Conde Aurelio.*

*Cond.* En este sitio de fragantes flores,  
donde la naturaleza,  
del arte ayudada, tiene  
divertidas las potencias,  
el cansancio del camino  
puede aliviar vuestra Alteza. *á Dian.*

*Dian* Conde, venis divertido,  
que Diana es la Duquesa:  
su prima Estrella soy yo.

*Aur.* En Mantua la vi, y las señas,  
sin duda, tengo perdidas;  
perdone vuestra belleza  
el yerro de haber tenido  
por tanto Sol una Estrella.

*Est.* Yo quiero tanto á mi prima,  
que tomara ser Estrella,  
dexando de ser Diana,  
por verla con tal grandeza:  
ay tan extraño capricho! *ap.*  
pero obedecer es fuerza.

*Flor.* Qué intentará mi señora  
con tal mudanza? *Dian.* Su Alteza,  
Aurelio, tiene ordenado,  
que luego al punto se vuelvan  
á Mantua los que vinieron,  
supuesto que el Rey ordena,  
que en esta Quinta aguardemos  
su voluntad, mientras llega.

*Aur.* Haré al punto se execute,  
señora, con gran presteza;  
y de camino me parto *ap.*  
al Apenino, y quisiera  
llevar alas, porque el Rey  
saliese de sus tristezas;  
aunque no sé yo si Astolfo,  
aunque Alexandro le espera,  
querrá dexar de su estancia  
el gusto; pues cosa es cierta,  
que otras veces le ha llamado,

y siempre él sabio se niega,  
aunque puede ser que ahora,  
importunado, obedezca. *vase.*

*Est.* Qué es lo que intentas, señora,  
con una cosa tan nueva,  
como hacer que vuestra esclava  
el Rey presuma que es Reyna?

*Flor.* Tambien yo estoy admirada.

*Dian.* Escuchame un rato atenta.

Ya sabes, Estrella mia,  
que naciste en una Aldea:  
vite yo entonces acaso,  
desamparada y sujeta,  
por haber muerto tus padres,  
á la terrible inclemencia  
del tiempo; de esto llevada,  
y de tu mucha belleza,  
ya sabes que te he tenido  
con secreto y con cautela,  
porque mi tio (ha tirano!)  
en ningun tiempo te viera  
favorecida de mi,  
pues su condicion opuesta  
á la mia, resultara  
en agravio mi fineza.

Esto asentado, tambien  
sabes como mi prudencia,  
con nombre de prima mia,  
te ha traído; pues advierta  
tu admirable discrecion,  
que son prevenciones hechas  
con grande acuerdo, y no acaso,  
las que ves y experimentas.

Tambien sabes que he nacido  
tan arrogante y soberbia,  
que antes perderé la vida  
que casarme, sin que vea  
si el dueño que elixo tiene  
igual la correspondencia;  
porque Alexandro estar triste,  
ser tan tibia su fineza,  
que no le debo un cariño,  
da muy claramente muestra,  
que le pesa de dexar,  
lo que de tomar le pesa.

Esto lo sabré mejor  
haciendo tú la desecha;  
y con aqueste capricho  
veré si el Rey, quando llego,

se lleva de tu hermosura,  
ó si descubre tibiezas,  
que si adora en otra parte,  
aunque disimular quiera,  
facil será conocerlo.

*Est.* Pues cómo podrá mi lengua  
decir fuezas á un hombre,  
que es logro de tu belleza,  
y mas si acaso entendiendo  
que soy yo su esposa, llega  
á rendirme el alvedrio,  
es facil que luego pueda  
borrar del alma una cosa,  
que se imprime con tal fuerza?

*Dian.* Eso es lo que yo deseo, *ap.*  
mas yo saldré con mi empresa.  
Ay, Estrella, que no sabes  
donde me guia tu estrella!

*Est.* Digo, pues, que te obedezco,  
aunque tan dudoso sea.

*Dian.* Tu retrato envié á Alexandro,  
porque he de hacer de manera  
que ha de conocer el mundo  
si hay lealtad, donde hay nobleza.

*Sale Alis.* Ya por la posta ha llegado  
el grande Alexandro. *Est.* Es fuerza  
el salirle á recibir.

*Salen Alexandro y Carlos.*

*Carl.* No sé qué rara influencia *ap.*  
se ha transformado en el alma,  
que no me cabe en las venas,  
no me parece que finojo,  
segun mi sangre me alienta:  
mas qué digo, estoy en mí?  
Escusad la diligencia,  
que quando el Alba pretende  
recibir al Sol, ya llega,  
porque sus rayos no dan  
lugar un punto de ausencia:  
qué peregrina muger!

*Est.* Qué deidad tan manifiesta!

*Rey.* Parece que mi accidente  
con lo que intento se templa.

*Carl.* Solo á mi dicha faltaba  
lograr vuestra Real presencia:  
ya me iba á despeñar. *ap.*

*Est.* Bien, señor, tanta fineza  
os merece la que viene  
á ser esclava, no Reyna:

yo no sé lo que me digo: *ap.*  
quién vió herida tan violenta!

*Carl.* Qué es esto que me sucede? *ap.*

*Dian.* Todo el corazon me lleva, *ap.*  
sin poderme resistir:  
ó, si la suerte quisiera,  
que fuese este Caballero  
digno: *Est.* Quién á vuestra Alteza,  
señor, viene acompañando?

*Carl.* Muy bien su valor lo muestra:  
es el Condestable, Carlos.

*Dian.* Ya es mas dichosa mi empresa:  
Cielos, si el Conde está libre!

*Rey.* Aunque es bella la Duquesa, *ap.*  
este ignorado prodigio  
me suspende las potencias.

*Carl.* Quién á su Alteza acompaña?

*Est.* Señor, es mi prima Estrella.

*Rey.* Confieso que me ha rendido,  
no resisto su influencia. *ap.*

*Carl.* Sin alma estoy! no lo dudo,  
mas son mis armas de cera.

*Est.* Que no estoy en mi confieso! *ap.*  
mas es de mi dueño prenda.

*Carl.* Conde, besadle la mano  
á Diana. *Rey.* Quien pudiera,  
sino es mi Rey, gran señora,  
merecer tanta belleza?

*Est.* Y quién, sino su deidad,  
vasallo en Carlos tuviera?  
Merezca, señor, mi prima  
besar vuestra mano, y tenga  
parte en la dicha que gozo.

*Carl.* Si mereció ser Estrella  
de vuestro Sol, puede haber  
aplausos que no merezca?

*Dian.* En el nombre de Diana  
el parabien á su Alteza  
le doy de tan dulce empleo.

*Carl.* Ay si la verdad dixeras! *ap.*

*Dian.* Muy galán es, pero el Conde  
me ha robado las potencias. *ap.*

*Flor.* Raras cosas estoy viendo! *ap.*

*Sale Pil.* Los cien escudos me cuestan  
venir dado á mil demonios;  
valgate el diablo por yegua,  
y qual me ha puesto los huesos:  
deme los pies tu grandeza,  
si quiere que se los glose.

*Rey.* Quita, necio. *Flor.* Sois Poeta?

*Pil.* Si lo soy, mas desgraciado,  
que quanto escribo en mi Aldea,  
si sale bueno, me dicen  
que lo hurto; y es la fiesta,  
que lo que no vale nada,  
aunque de otro ingenio sea,  
me lo atribuyen á mi,  
con que me dan brava brega.

*Flor.* Pension es de los ingenios.

*Pil.* Y mas si el pobre Poeta  
no está bien acreditado;  
que si lo está, cosa es cierta,  
que suelen sus boberías  
pasar plaza de sentencias.

*Est.* Preciso será el descanso.

*Carl.* Vamos con vuestra licencia;  
que aunque me abrasen sus ojos, *ap.*  
no me han de herir sus centellas.

*Est.* Aunque me cerquen sus rayos,  
les he de hacer resistencia. *ap.*

*Alex.* No es mucho dexar el Sol, *ap.*  
si sigo aqueste Planeta.

*Dian.* Si parezco bien á Carlos, *ap.*  
no es mi designio fineza.

*Pil.* Qué es esto? cómo, señor,  
todos te llaman Alteza?

*Carl.* Disimula, porque importa.

*Pil.* Callaré como una piedra:  
la muchacha es como un oro,  
toco á embestir, que hay moneda.

*Vanse entrando conforme van diciendo.*

*Rey.* Para que conozca el mundo::

*Carl.* Porque el universo sepa::

*Dian.* Porque admiren las edades::

*Rey.* Que su sangre al Noble alienta.

*Carl.* Que no hay amor si hay traicion..

*Dian.* Que hay lealtad, donde hay noble-

*Est.* Que sabré morir callando. (za.

*Pil.* Que si Dios no lo remedia,  
ó yo sueño lo que miro,  
ó todos no ven que sueñan.

## JORNADA SEGUNDA.

*Salen Carlos, Astolfo, Alexandro, Aurelio  
Conde, y Pilon.*

*Rey.* Este es Astolfo, señor,  
el ingenio á quien celebra  
el universo, por solo

en la medicina excelsa.

Este el Filósofo es,  
cuya peregrina ciencia,  
si de Hypócrates imagen,  
es traslado de Avicena.

Este, á quien el Apenino  
dió á beber en sus riberas  
el desengaño en retiros,  
y el asombro en eloquencias.

Este es quien viene á curar  
tantas ocultas tristezas  
como vuestra Magestad  
padece, y á quien venera  
por grande toda la Italia;  
y ha sido grande fineza  
no despreciar tu mandato,  
quien todo un mundo desprecia.

Sus grandes melancolías  
no le dan lugar que atienda  
á que habeis venido, Astolfo;  
pero al punto que lo advierta,  
hallareis en su persona  
Real la correspondencia.

*Ast.* Qué gallardo que es el Rey!  
desgracia es que no lo sea! *ap.*

Señor, mucho sentimiento  
tiene el alma de las nuevas  
que me ha dado el Conde Aurelio  
de tan terrible dolencia:  
dadme á besar vuestros pies.

*Carl.* Astolfo, á mis brazos llega: *ap.*  
de todo estoy advertido,

aunque es tan grande mi pena,  
que no tiene semejante;  
solo con miraros cerca,  
si del todo no se quita,  
parece que se me templa.

Yo he de perder el sentido *ap.*  
con lo que Alexandro intenta.

*Ast.* Señor, esa es la aprension,  
que como tiene su Alteza  
hecho concepto en el alma,  
que le ha de curar mi ciencia,  
es tan poderoso el juicio  
del bien, ó mal que se espera,  
que hace efecto imaginado,  
como si la verdad fuera.

*Pil.* Y si no, sirva este cuento,  
como quien dice, de prueba.

La madre de un gran Doctor  
cayó en Nápoles enferma  
de una enfermedad, que nadie  
llegó á entender su fiereza.

Los Médicos afamados  
fueron con gran diligencia  
á visitarla, cumpliendo  
la urbanidad que profesan;  
y viendo tan grande achaque,  
poniendo en arcos las cejas,  
decretaron, que no habia  
en toda la humana ciencia  
remedio á tan grande mal.

Pero replicó la vieja,  
mi hijo me ha de curar;  
y por dexarla contenta,  
recetó algunos remedios,  
y obraron de tal manera,  
que cobró luego salud.  
Y del mismo mal la suegra  
del Doctor cayó al instante,  
y le negó la asistencia,  
diciendo: á mi madre es claro,  
que lo que la dexó buena  
no fue lo que receté,  
sino el hallarla dispuesta  
de la fé que en mí tenia,  
con que gané fama eterna;  
pero en mi señora es cierto  
que va volada mi ciencia,  
porque en su yerno jamás  
tuvo fé ninguna suegra.

*arl.* No ha sido la prueba mala.

*l.* Los mas suegristas lo aprueban.

*ur.* Alexandro, señor mio,  
qué transformacion es esta,  
que aunque venero el precepto,  
mi admiracion no sosiega?

*ey.* Disimula, Conde Aurelio,  
que no es ocasion aquesta:  
Señor, declara tus males.

*arl.* Ay Diana, y quien pudiera: *ap.*

*il.* Raro capricho el del Rey!  
y no habrá quien le comprenda?

*arl.* Son de calidad, Astolfo,  
los tormentos que me cercan,  
que temo que han de matarme  
si los pronuncia la lengua;  
quitóme la vida el Rey, *ap.*

mas él viva, aunque yo muera.  
*Ast.* Antes, señor, sin decirlos  
no cabe en humana ciencia,  
aplicar remedio alguno,  
porque es la facultad ciega.

*Carl.* Pues si eso ha de ser, escucha:  
diré lo que el Rey ordena. *ap.*

*Pil.* Sin duda que los Doctores  
deben de hallar en las letras  
licencia para matar,  
porque matan con licencia.

*Carl.* Todo mi mal es tener  
una profunda tristeza:  
diré lo que siente el Rey, *ap.*  
puesto que así me lo ordena;  
un aborrecer el Trono,  
un morir con la grandeza,  
un sentir, que la Corona,  
si no me rinde, me pesa.  
Los triunfos me dan fastidio;  
fiero disgusto las fiestas;  
la Magestad está en mí,  
á pesar de mi prudencia,  
segun lo que yo conozco,  
como forzada, ó violenta,  
desde que murió mi padre,  
que pisa montes de Estrellas,  
y yo tomé posesion,  
como hijo de sus prendas,  
empezó mi corazon  
á sentir tanta tormenta;  
por lo qual todo mi Reyno  
tiene de mí justa queja,  
viendo al paso que me amaban,  
ordenando su fineza  
regocijos á mi aplauso,  
que se los pago en ausencia.  
Por esta causa en Veiflor  
se detiene la Duquesa,  
y por esta causa, Astolfo,  
te he pedido que vinieras,  
para que si tienes dicha  
de librarme de mis penas,  
te ponga yo, agradecido,  
mi Corona en la cabeza.  
Ya has oido mi desdicha,  
y es la pasion tan severa  
conmigo, que me es forzoso  
retirarme, donde pueda

dar alivio al corazón,  
 porque en la cárcel estrecha  
 tiene las exálcaciones  
 detenidas y violentas,  
 y viendose en el retiro,  
 las arroja, ó las ausenta.

Y así, con Carlos podrás,  
 pues ya has oído mis penas,  
 consultar en los remedios  
 que piden con advertencia,  
 que de todo quanto siento  
 aun te dará mayor cuenta,  
 por haber comunicado  
 con él mis ansias adversas.  
 El es movil que me rige,  
 y aunque mi remedio sea  
 algo menos de imposible,  
 con él, Astolfo, lo ordena,  
 que remedio que pasare  
 por su mano, es cosa cierta,  
 que hará el efecto que piden  
 su lealtad y tu fineza. *vas.*

*Rey.* Qué bien lo dispuso el Cielo!  
 le dotó de gran prudencia.

*Ast.* Digno de eterno renombre  
 es el grande amor que os muestra.

*Rey.* Todo lo debe mi afecto.

*Pil.* De tan estraña quimera,  
 si no lo remedia Dios,  
 he de hacer una Comedia,  
 por si acaso quiere el Cielo  
 que á ninguna se parezca,  
 porque si parece alguna,  
 el desdichado Poeta,  
 por ladrón de trazas, tiene  
 mucho peligro á la oreja.

*Rey.* Aurelio, ve con el Rey.

*Pil.* El demonio que os entienda.

*Rey.* Vete, Pilon. *Pil.* Ya me voy:  
 es esta Quinta Ginebra? *vas.*

*Aur.* Hasta saber lo que admiro,  
 confusa estará mi idea. *vas.*

*Ast.* Qué facil es el remedio,  
 quando está tan manifiesta  
 la causa que Federico  
 me dixo; y qué bien campea  
 en su sangre generosa  
 tanta noble resistencia!

*Rey.* Si conoce mi tormento,

grabaré en bronce su ciencia.

*Ast.* Condestable, ya que el Rey,  
 como el efecto lo muestra,  
 quiere que con vos declare  
 del dolor que le atormenta  
 la causa, el no haberle oído  
 lo atribuyo á providencia  
 divina, porque es de modo,  
 que no sé si me atreviera  
 á decirla cara á cara;  
 y aun es preciso os advierta,  
 que os ha de admirar de suerte  
 lo que mi juicio penetra,  
 que habeis de dar por perdida  
 sin duda su diligencia,  
 porque no ha de creer el Rey  
 lo que indican sus tristezas.

*Rey.* Pues Astolfo, has conocido  
 de donde su mal proceda?

*Ast.* Si mi ciencia no se engaña::

*Rey.* Pues decidlo, no os detenga  
 razon ninguna, que el Rey  
 obrará sin resistencia  
 quanto yo le propusiere.

*Ast.* Mucho decis. *Rey.* Cosa es cierta.

*Ast.* Pues escuchadme. *Rey.* Decid.

*Ast.* Aunque no sabe mi ciencia  
 su achaque, sin duda alguna  
 la razon es manifiesta  
 que Federico me dixo,  
 porque tanta resistencia  
 es efecto de su sangre,  
 esperanza hay en su pena.  
 Carlos, del Rey el dolor  
 me descubre claramente,  
 que padece el accidente  
 mas noble, y mas interior:  
 sin duda que su valor,  
 pues halla tan grave encuentro  
 en la grandeza, y tan dentro  
 me declara en tal estado,  
 que pues no está sosegado,  
 no debe de ser su centro.  
 No agradarle la Corona,  
 que tanto el mundo estimó,  
 parece que no nació  
 dueño de ella su persona;  
 y esta misma accion pregona  
 al resistir tanta Alteza,

de su sangre la fineza,  
porque le avisa leal  
á su nobleza, del mal  
que marchita su nobleza.  
Y sabed, que pudo ser  
sucediese algun fracaso  
al nacer, por cuyo caso  
le trocassen al nacer;  
porque tanto aborrecer  
la gloria del gobernar,  
solo, Carlos, se ha de hallar  
en una sangre eminente,  
que ignorando lo que siente,  
siente para no ignorar.  
Sin duda que hay heredada  
nobleza en su corazon,  
pues le avisa una traicion  
su misma sangre ignorada;  
porque no estar bien hallada  
en el Solio, es evidente,  
que allá tiene interiormente  
alguna causa divina,  
que avisándole, le inclina  
á sentir lo que no siente:  
esto es todo mi sentir.  
*ey.* Esto es sobrenatural.  
*st.* De Alexandro es este el mal,  
y así lo podreis decir.  
*ey.* Pues qué podrá su persona  
en este caso advertir?  
*st.* Qué ha de hacer? restituir  
á su dueño la Corona.  
*ey.* Pues cómo saber podrá  
si hay legítimo heredero?  
*st.* De su mismo achaque infiero,  
que sin duda vivo está,  
que su sangre no clamara,  
si el sucesor no viviera,  
que por digno se sintiera  
sosegado, si faltara.  
y. Porque tu ingenio alabe,  
cómo podrá conocer  
al Rey? *st.* Eso ha de correr  
por el Cielo, que lo sabe;  
quiera el Rey darle el Estado  
á su Rey, quando le vea,  
y dexé al Cielo que sea  
árbitro de su cuidado;  
y de aquesto la señal

ha de ser, y la evidencia,  
que quando esté en su presencia,  
se le ha de templar el mal.  
*Quién te diera la razon* *ap.*  
de que lo digo por ti!  
*Rey.* Tan grande ciencia no vi!  
habló con mi corazon:  
Astolfo, á su Magestad  
diré quanto has referido.  
*Ast.* Pues atendedle advertido,  
conocereis mi verdad,  
que de ella ha de ser mas prueba,  
Carlos, quando la digais  
al Rey, si acaso mirais  
que le da gusto la nueva.  
*Rev.* Qué bien, Carlos, mi desvelo  
se logra en vuestro favor, *ap.*  
pues que me paga mi amor  
con desengaños el Cielo!  
Y aunque basta á mi lealtad  
el desengaño que he hallado,  
ha de buscar mi cuidado  
mas fineza á la verdad. *vas.*  
*Ast.* Fuese; y pues solo he quedado,  
á Federico veré,  
segun que con él traté  
quando vino disfrazado:  
esta sin duda es la parte  
adonde tiene encubierta  
de la mina oculta puerta  
con maravilloso arte,  
que en tiempo que el Rey vivia,  
y aqueste sitio ocupaba,  
por esta gruta gozaba  
de su Violante algun dia.  
Hecha con traza notable  
esta boca, corresponde  
á otro jardin, adonde  
está ahora el Condestable.  
Segura traigo la seña,  
no se me puede perder,  
porque la puerta ha de ser  
en medio de aquesta peña:  
llamo, no venga Diana;  
*Llama con el pic, y muévase la peña.*  
ya el peñasco se movió,  
que nada temo, sino  
encontrar esta tirana:  
escusaré estar con ella,

por librar á mi memoria  
de acordarme de la historia  
de mi desdichada Estrella.

*Salen Estrella y Carlos, cada uno por su lado:  
Carlos con un diamante, y Estrella  
con una flor.*

*Est.* Amado pecho mio,  
libertad deseada,  
venturoso alvedrio,  
posesion siempre amada,  
quién de tantas victorias te ha quitado  
el laurel generoso que has ganado?

*Carl.* Corazon generoso,  
quietud apetecida,  
apacible reposo,  
aliento de la vida, (na,  
quién, los triunfos que labran tu coro-  
en cadenas convierte, y te aprisiona?

*Est.* Mas no lo digais, dexadme,  
que ya dicen en mi pecho,  
renovadas las heridas,  
que está presente su dueño.

*Carl.* Ya es escusado decirlo,  
que las cicatrices siento,  
por estar cerca la causa,  
que se me aumentan de nuevo.

*Est.* Este es el Rey: ay de mi!  
qué le diré, quando advierto  
mucho riesgo si le miro,  
y si no, el de mi precepto?

*Carl.* Cielos, esta es la Duquesa:  
cómo podrán mis afectos  
al dueño de mi alvedrio  
poderla hablar sin ser dueño?

*Est.* Si de Diana es el Rey,  
y es fino y leal mi pecho,  
cómo, si no es centro mio,  
le miro como á mi centro?

*Carl.* El Rey a queste diamante,  
que es de la firmeza exemplo,  
me manda que dé á Diana,  
porque nunca el pensamiento  
presuma tibieza alguna  
en el dilatado empleo.

*Est.* Esta flor es de la Reyna,  
que me obliga con imperio  
que á Alexandro favorezca,  
porque no imagine cuerdo  
algo tibios los cariños:

deme mi valor esfuerzo,

*Carl.* Deme quien soy osadía.

*Est.* Hubo tan terrible empeño,  
como buscar en las llamas  
el huir de los incendios?

*Carl.* Hubo pena mas cruel,  
como presentarme al fuego,  
y que el riesgo de su furia  
no me asegure del riesgo?

*Est.* Vuelvome, pues no me ha visto.

*Carl.* Pues no me ha visto, me vuelvo.

*Est.* Ha, pesar de la obediencia!

*Carl.* Ha, rigor de mi precepto!

*Est.* Esto ha de ser. *Carl.* Esto importas  
pero el Rey? *Est.* Pero mi dueño?  
yo le llamo. *Carl.* Yo la llamo:  
señora:: *Est.* Señor:: ya, Cielos,  
se rinde todo el valor!

*Carl.* No en valde, Reyna, salieron  
hoy tan fragantes las flores,  
señora, si considero  
la ventaja que conocen  
en tan divinos luceros,  
á la que del Sol reciben,  
con la pension de que luego  
que les da sus resplandores,  
es tan escaso su esfuerzo,  
que el tiempo mismo es testigo,  
que les falta al mejor tiempo,  
mas vos no sois de esa suerte,  
que vuestro esplendor excelso,  
no solo excede en belleza  
á ese Planeta soberbio,  
sino que sus luces bellas,  
firmes sus rayos serenos,  
ni el Ocaso los sepulta,  
ni los empaña el aliento.

Que con sentir lo que digo *ap.*  
me es fuerza oír lo que siento!

*Est.* Vuestra Magestad perdone,  
que con su mismo argumento  
le tengo de responder,  
probando, que el lucimiento  
de las rosas y las flores  
solo se debe á su imperio.  
Esta máquina florida,  
este terrestre gobierno,  
es imagen del Celeste,  
en cuyo Real firmamento,



solo hay un Rey que gobierna,  
 los demas son los Luceros.  
 Estos reciben la luz  
 de sus brillantes reflejos,  
 mendigando cada uno  
 de su Rey el lucimiento.  
 Vos sois Monarca del Mundo,  
 de cuyo radiante fuego  
 á todos comunicais  
 resplandores; con que es cierto,  
 que á vuestra vista las plantas  
 reciban vida de nuevo.  
 Y yo que á vuestro favor,  
 mas que nadie experimento,  
 soy una Estrella que brillo  
 mas entre Planetas vuestros;  
 porque aunque mirais mis luces,  
 estad, gran señor, muy cierto,  
 que son los rayos prestados,  
 por estarlos recibiendo  
 de vuestra vista; y si faltan,  
 como nacen de su centro,  
 en el Ocaso ya dicho  
 hallarán su monumento:  
 ya me iba á despeñar. *ap.*  
*El Rey al paño, y al otro lado Diana.*  
*Rey* Carlos está aqui, encubierto  
 le he de escuchar, que es Diana  
 con quien está. *Dian.* Ver pretendo  
 si está Estrella enamorada,  
 pues he llegado á buen tiempo,  
 que si lo está, se me logra  
 mucho mas fino mi intento.  
*Carl.* Este diamante: *Est.* Esta flor:  
*Carl.* Será señal: *Est.* Será espejo:  
*Carl.* De firmeza: *Est.* En que veais:  
*Carl.* La voluntad. *Est.* De su dueño.  
*Carl.* Yo no busco recompensa.  
*Est.* Ni yo recompensa acepto.  
*Carl.* Yo le doy sin interes.  
*Est.* En recibirle me ofendo.  
*Carl.* Ay, quien pudiera tomarle!  
*Est.* Quien le diera el alma en trueco!  
*Carl.* Pero primero es mi Rey.  
*Est.* Es la Duquesa primero;  
 en dar la flor soy mandada,  
 mas en tomarle la ofendo.  
*Carl.* Recibir favor no es justo,  
 en dar la joya obedezco.

*Est.* Ser del Rey favorecida,  
 es de la Reyna desprecio.  
*Carl.* Favorecerme Diana,  
 del Rey ofendo el respeto.  
*Est.* Luego no puedo tomarle?  
*Carl.* Luego tomarla no puedo?  
 Yo os doy aqueste diamante,  
 mas ha de ser con pretexto  
 de no recibir la flor,  
 porque yo aqui no pretendo  
 saber vuestra voluntad,  
 que solo, señora, atiendo  
 que la mia conozcais:  
 y por mostrarla, os ofrezco  
 aquesta muestra, por ser  
 de tanta firmeza exemplo.  
*Est.* Yo al daros aquesta flor  
 os imito en el intento,  
 que si no quereis saber  
 el debido amor que os tengo  
 al recibirla, fiado  
 en la lealtad de mi pecho,  
 y lo teneis por fineza;  
 qué razon hay, quando veo,  
 que de lá fé haciendo alarde,  
 sacrificais el trofeo,  
 que no muestre el querer mas,  
 quando yo no os amo menos?  
*Rey.* Que no reciba la flor *ap.*  
 de fino, leal y atento!  
*Dian.* Que el diamante no reciba, *ap.*  
 por no empañar el respeto!  
*Rey.* O sangre, y como me avisas!  
*Dian.* O Real decoro, y Regio!  
*Carl.* Recibid, señora, vos  
 el diamante; quede, os ruego,  
 la flor en vuestra hermosura,  
 que mejor está en su centro.  
*Est.* La flor habeis de tomar,  
 y aquese rayo de fuego  
 no salga de vuestra esfera,  
 que en mi corre su luz riesgo.  
*Dian.* Haré que tome el diamante.  
*Sale el Rey.* Solo tiene este remedio.  
*Carl.* Ea, venza yo, tomad.  
*Est.* Vos me enseñais á venceros.  
*Dian.* Diana, señora mia. *Rey.* Alexandro.  
*Carl.* A qué buen tiempo,  
 Condestable, habeis venido!

*Est.* Qué á medida del deseo  
has venido, Estrella mia,  
porque el Rey y yo tenemos  
una porfia amorosa,  
que la ha de vencer tu ingenio.

*Carl.* Es la cuestión, Carlos mio,  
de modo, que no prevengo  
hallar remedio á la duda,  
si no me dais el remedio.

*Est.* En señal de la obediencia  
que he de tener á mi dueño,  
le ofrecia aquesta flor.

*Carl.* Y yo, de firmeza exemplo,  
este diamante ofrecia.

*Est.* Pero dándola, no acepto  
dádiva al presente alguna,  
que es mi amor tan verdadero,  
que un átomo de interes  
empaña su lucimiento.

*Carl.* Yo sigo la razon misma,  
y nos hallamos á un tiempo  
despreciados los favores,  
y rendidos los afectos.

*Est.* Y así tú, Estrella, pues eres  
el archivo donde tengo  
el mayor tesoro mio,  
con gran cuidado te advierto,  
que me guardes esta flor,  
para quando llegue el tiempo  
que la reciba Alexandro,  
como esposo y como dueño.

*Carl.* Yo, Carlos, lo propio digo,  
vos sois de mi entendimiento  
la parte mas estimada;  
y pues que tanto os contemplo,  
este rayo, dedicado  
á los divinos incendios  
de Diana, le guardad,  
hasta, que como dice, el tiempo  
llegue que se le ofrezcais,  
como prenda que en su centro  
deposita la firmeza,  
que rinde un Rey á su Cielo.

*Dian.* Perdonadme, prima mia,  
que aunque mas quiera tu ingenio,  
en no tomar el diamante,  
mostrar mas fino el afecto,  
esa color no le quita  
á lo que trae de despego.

*Rey.* Aunque no tomar la flor  
sea un encarecimiento  
digno de vuestra grandeza,  
es menester mucho esfuerzo  
para quitarle al desayre  
las dudas que trae de serlo;  
y así, bien podeis tomarla.

*Dian.* Y así, Diana, te ruego,  
que recibas el diamante.

*Carl.* Halló salida mi ingenio. *ap.*

*Est.* De aquesta suerte saldré *ap.*  
con el laurel que pretendo.

*Carl.* Yo me rindo á vuestro gusto;  
y así, tomando el consejo  
de Carlos, que para amaros  
ha sido norte, obedezco  
vuestra voluntad, tomando  
la flor. *Est.* Yo digo lo mismo,  
pues el diamante recibo,  
mas ha de ser con pretexto  
de que me le guarde Estrella;  
porque aunque yo le respeto,  
hasta veros desposado,  
no me miraré en su espejo.

*Carl.* Pues yo de la misma suerte  
este penacho de fuego  
en Carlos le deposito,  
para que quando el Imperio  
los desposorios celebre,  
sea Carlos el primero  
que con aquesta señal  
dé á entender al Universo,  
que pudo tanto conmigo  
la firmeza de mi aliento,  
que no bastó tanto amor  
á empañar tanto respeto.

*Rey.* Rara lealtad! *Est.* Ay de mi!

*Dian.* Aun lo que miro no creo!

*Carl.* Voyme con vuestra licencia,  
para que disponga el Reyno  
en Nápoles vuestra entrada,  
que de la muerte el suceso  
de mi padre, ha sido causa  
la suspension; y así os ruego,  
que lo que es Regio decoro,  
no atribuyas á despego.  
Ya no puedo resistir, *ap.*  
que es poderoso guerrero  
con el que lucho, y conozco

que ya me falta el aliento!

*Est.* No es mi voluntad, señor,  
ya mía, y así no puedo  
acciones de vuestro gusto  
juzgarlas, pues solo debo,  
sin exâminar designios,  
venerarlas por aciertos.

Sin alma voy. *Carl.* Yo sin vida.

*Est.* Murió mi valor y esfuerzo.

*Carl.* Huyendo voy del peligro. *vas.*

*Est.* Aun no he de sanar huyendo. *vas.*

*Rey.* Yo premiaré tu fineza. *ap.*

*Dian.* Tu lealtad sabrá el Imperio. *ap.*

Mirad, Carlos, que esa flor  
es prenda:: *Rey.* Ya yo lo entiendo.

*Dian.* De Diana. *Rey.* Ya lo sé:  
pues qué me dices con eso?

*Dian.* Que mireis mucho por ella.

*Rey.* Pues cómo dudaré hacerlo,  
siendo prenda de Diana,  
y favor de mi Rey siendo?  
Mas si este lazo divino  
fuera de vos, en el centro  
del alma le recibiera.

*Dian.* Yo, que á Diana venero  
tanto como á mi, aseguro,  
que si conozco el aprecio  
que haceis de la flor, que sea  
grande el reconocimiento.

*Rey.* Pues si es la flor de Diana,  
cómo podrán mis alientos  
estimarla como agena?

*Dian.* Mi dicha consiste en eso.

*Rey.* Amar ageno favor,  
puede el favor mereceros?

*Dian.* Sí, qué es prenda de Diana.

*Rey.* Vive Dios, que no os entiendo.

*Dian.* No basta que yo me entienda?

*Rey.* Si en eso os sirvo, yo ofrezco  
sacrificarme á este lazo,  
aunque siempre con respeto,  
porque es el favor del Rey.

*Dian.* Pues me amais? *Rey.* Con el silencio  
solo me puedo explicar,  
que con la lengua no puedo;  
pero mirad que el diamante,  
que en vos es corto lucero,

es de Alexandro. *Dian.* Qué importa?

*Rey.* Es que si en rendir mi afecto

en esta flor os agrada,  
amad el diamante os ruego,  
porque solo eso será  
de mis ansias dulce premio.

*Dian.* No sabéis qué es de Alexandro?

*Rey.* Mi dicha consiste en eso.

*Dian.* Amar ageno favor,  
puede el favor mereceros?

*Rey.* Sí, que es prenda de Alexandro.

*Dian.* Digo que yo no os entiendo.

*Rey.* No basta que yo me entienda?

*Dian.* Si en eso os sirvo, yo ofrezco  
sacrificarme á la joya,  
aunque siempre con respeto,  
porque es favor de la Reyna.

*Rey.* Pues me amais? *Dian.* Con el silencio  
solo me puedo explicar,  
que con la lengua no puedo.

Ay, Estrella, que por tí *ap.*  
me gano, quanto me pierdo!

*Rey.* Ay, Carlos, que por servirte, *ap.*  
es mas para mí, lo menos!

Quedad con Dios, que algun dia  
sabreis si es fino mi pecho.

*Dian.* Idos, Carlos, que ese dia  
quien estima mas veremos:  
serás firme? *Rey.* Es el diamante  
de cera para mi afecto:  
y vos lo sereis? *Dian.* La vida  
me falte si no he de serlo.

*Vanse:* y salen por la puerta de la mina *Ast-*  
*tolfo* y *Federico*, por donde se hundió la  
otra vez *Astolfo*.

*Ast.* Esto, Conde, ha pasado.

*Fed.* Así le dais alivio á mi cuidado.

*Ast.* Pues sus rayos Apolo  
ha retratado ya, y el jardin solo  
está, puedes gozar de su frescura.

*Fed.* No fue poca ventura,  
(ó *Astolfo* peregrino!)  
no conocerme Aurelio en el camino,  
con que lo disfrazado  
me valió, y el venir siempre apartado:  
ó si quisiera el Cielo,  
que te pueda pagar tanto desvelo,  
como tienes por mí! mas tu tristeza  
se le debe á tu sangre y tu nobleza.

En fin, ¿mi Alexandro te ha agradado?

*Ast.* Quié eres, su persona me ha mostrado,

Carlos es valeroso,  
mas es el Alexandro mas brioso.

*Fed.* Carlos es mas galan, sin duda alguna,  
ó si no baraxara su fortuna;  
mas pues el Rey murió, con tu persona  
juzgo que le he de ver con su Corona.

*Ast.* El pliego le dió Carlos á tu hijo.

*Fed.* Porq̃ no falte á ser quien es me a flijo.

*Ast.* No te aflijas, sosiega el desconsuelo,  
que el Cielo mira, y es piadoso el Cielo:  
y con tu licencia ahora  
me voy, por si el Rey atento  
me llama para sus males,  
para que no me eche inenos;  
á Dios. *Fed.* El vaya contigo;  
y pues sabes el secreto  
de la mina, siempre puedes  
entrar, que Alisio está dentro  
prevenido, por si llamas,  
pues ves el raro instrumento  
que tiene, porque ninguno  
pueda jamas conocerlo,  
y asi te aguardará siempre.

*Ast.* Dios te logre tus intentos. *vas.*

*Sale Pilon, y habrá una rexa en el jardin, y  
Flora hace seña con un pañuelo.*

*Pil.* Sin duda que esta es la rexa,  
segun la seña que hicieron.

*Flor.* Es Pilon? *Pil.* Y tan de azucar,  
que te seré de provecho,  
si te quieres conservar.

*Flor.* Cien años ha que te espero.

*Pil.* O Flora del alma mia!  
gracias amor que te veo,  
que algo habian de poder  
seis mil papeles de versos.

*Fed.* Gente ha entrado en el jardin,  
irme á la mina no puedo  
sin ser sentido: estos ramos  
me defiendan encubierto.

*Flor.* No he podido resistirme  
de venirme á ver, sabiendo  
que merece mucho mas  
un hombre de tanto ingenio.

*Pil.* La verdad es que lo soy,  
y es grande señal de serlo  
ver, que hablar un disparate  
me cuesta grande tormento.

*Fed.* Este es Pilon, escucharle

divierte mis pensamientos;  
es un rayo, tambien tiene  
su poco de galanteo.

*Flor.* Pues yo, Pilon, soy muger,  
que no me pago de aquellos  
que tienen gran voluntad,  
y muy poco entendimiento:  
buscô yo un hombre que sea  
galan, valiente y discreto,  
que hombre bobo, para nada  
no es posible que sea bueno,  
porque le falta de alma,  
lo que le sobra de cuerpo.

*Pil.* Eso buscas? pues escucha,  
y verás que tu deseo  
jamás pudo apetecer  
mas digno y dichoso empleo,  
como el que miras. *Flor.* Por qué?

*Pil.* Yo no soy Poeta? *Flor.* Es cierto;  
pero que lo seas, ó no,  
qué se puede sacar de eso?

*Pil.* Qué se saca? pese á mi alma!  
pues no es constante que en serlo  
consiste que sea galan,  
que sea valiente y discreto?  
Hay Poeta que no haga,  
aunque se lo niegue el Cielo,  
todas sus prendas perfectas,  
como le pinta el cerebro?  
No hace las manos de nieve,  
no hace de oro los cabellos,  
no son rosas sus mexillas,  
no es alabastro su cuello?  
pues has de poder hallar  
mas cabal ningun sugeto?  
Y en quanto á la valentia,  
hay quien iguale en esfuerzo  
á su valor, quando está  
una batalla escribiendo?  
Verasle asaltar castillos,  
cortar mallas, rajar yelmos,  
vencer guerras, dar batallas  
en desafios y en cercos.  
Allí le verás dexar  
un toro cosido al suelo,  
acá venciendo un gigante,  
allá de heridas cubierto.  
Aquí derribando un Turco,  
acá sujetando un Reyno;

allí entre el humo y el polvo,  
aquí entre la sangre y fuego.  
Allí cercado de flechas,  
aquí acosado de perros,  
allí le prenden rendido,  
aquí se escapa soberbio.  
*Flor.* Tente, Pilon, has perdido  
el juicio? *Pil.* Nada es aquesto  
para el valor que profesan.  
*Flor.* Eso no es valor, que es viento.  
*Pil.* Todo es de la misma suerte;  
y digo, Flora, su ingenio  
hay quien pueda competirle?  
*Flor.* Eso conoceré, viendo  
que le haces de repente  
á mi hermosura un bosquejo.  
*Fed.* Ay rato mas sazonado!  
*Pil.* Si le haré, y ha de ser nuevo,  
que no he de pintarte yo  
al uso de aquestos tiempos.  
Por qué, dime, he de llamar  
hebras de oro á tus cabellos,  
quando sabe todo el mundo,  
que son raices de muertos?  
Por qué diré á tu cabeza  
lo que dixo el otro necio,  
que era un archivo de ciencias,  
si es toda cascós y sesos?  
Por qué he de entrar en tu frente  
á pintarla, conociendo  
que tiene tantas entradas,  
que no he de salir, si entro?  
Qué haré con llamar tus ojos  
estrellas, rayos, luceros,  
si al cabo son piel delgada,  
agua clara, sangre y pelos?  
Llamar rosas tus mexillas,  
no es disparate, sabiendo  
que en quitando la color,  
es un poco de pellejo?  
Hubo tan gran desatino,  
como querer un ingenio,  
que la nariz de su dama  
fuese el Monte Pyrneo,  
que entre la Francia y España  
divide nevado Puerto,  
quando sabía que era  
chimenea del Infierno  
donde el tabaco vendia,

humo, polvo, barro, y cieno?  
Y dime, Flora, tu boca  
es caja de algun platero,  
que la ha de quajar de perlas,  
puesto que todos sabemos  
que hay dentro de ella una lengua,  
tabas, encías, y huesos?  
Y dime: por qué razon  
quieres que diga que hicieron  
torneada tu garganta,  
llamándola marfil terso,  
que al beber se transparenta,  
si has de conocer que miento,  
pues sabes que se compone  
de cogote y de pescuezo,  
y que es la calle del trago,  
y la puente del sustento?  
*Sale el Rey.* Qué apacible está el jardin!  
*Pil.* Gente viene, yo despejo:  
á Dios, Flora, que otra vez  
acabaré tu bosquejo. *vas.*  
*Flora.* Vete muy en hora mala  
con tu retrato al Infierno. *vas.*  
*Rey.* Parece que siento ruido,  
mas puede ser que sea el viento.  
*Fed.* Este es mi hijo Alexandro.  
*Rey.* Quando han de querer los Cielos  
que halle un fixo desengaño  
para logro del desseo?  
Ay, Carlos, lo que me debes!  
*Fed.* No alcanzo, como está lejos,  
á penetrar lo que dice,  
y aunque está obscuro, no puedo  
irme sin que sea sentido,  
porque los árboles secos  
tienen por lengua las hojas,  
que me han de hacer descubiertos;  
pero por aquesta parte::  
*Tropieza, y se vuelve á esconder.*  
*Rey.* Quién está aqui? *Fed.* Yo soy muerto  
si me descubre Alexandro.  
*Rey.* Diga quien es, ó este acero  
abrirá boca, por donde  
descubra tanto silencio.  
*Fed.* Hubo tan grande desdicha!  
mas ya dió salida el Cielo.  
*Rey.* Ola, luces: no responde?  
*Fed.* No es engaño lo que intento,  
sino último camino

que hallé para tanto riesgo.

**Rey.** Diga quien es. *Fed.* Si diria::

*Va andando hácia la mina poco á poco.*

**Rey.** Válgame todo mi esfuerzo!

**Fed.** Tu padre soy, Alexandro,  
en este sitio padezco,  
el por qué, ya tú lo sabes,  
vuelvele á Carlos su Reyno,  
y me volverás á ver  
feliz, alegre y contento. *hundese.*

**Rey.** Padre::

*Sale Pilon con un hacha encendida.*

**Pil.** Señor, ya las luces::

**Rey.** Válgame Dios! qué es aquesto?

si es ilusion lo que he visto?  
si es fantasma lo que advierto?

**Pil.** Quién, señor, ha sido:: **Rey.** Aparta.

Si fue verdad? si fue sueño?

sin duda fue fantasía,

porque no sentir el pecho

ningun horror, es señal

muy evidente de serlo.

Mas cómo puede engañarme?

no conocí sus acentos,

no ví el bulto penetrarse

por esa peña, diciendo,

y me volverás á ver

feliz, alegre y contento?

Este no es gran desengaño?

podré encontrarle mas cierto?

Sí, que aqueste puede ser

fantástico sentimiento:

otro aviso he de esperar,

aguardar otra vez tengo;

y si vuelve, verá el mundo,

cumpliendo con lo que debo,

que su sangre al Noble avisa,

para que asombre su exemplo.

**Pil.** Y verá el mundo tambien,  
que segun lo que estoy viendo,  
no hay locos en todos el mundo,  
como Alexandro y mi dueño.

### JORNADA TERCERA.

*Salen Carlos y Pilon.*

**Car.** Dexame, Pilon, morir,  
que ya veo conjurados  
contra mí todos los Cielos:  
ya de ese Planeta quarto

se despiden rigorosos

tanto diluvio de rayos,

que un etna soy encendido,

que le vuelvo los que exâlo.

**Pil.** Señor (esto va perdido!)  
qué tienes? **Carl.** Ay Alexandro!  
ay Diana! ay mi desdicha!

**Pil.** Todo su juicio ha volado:

Carlos, señor, dueño mio.

**Carl.** Ay, Pilon, que no soy Carlos!

**Pil.** No eres Carlos? pues quién eres?

**Carl.** El hombre mas desgraciado

que conoció el Universo,

pues el tormento que paso

es de modo, que no tiene,

si no muriendo, descanso;

y así, dexame morir.

**Pil.** Señor, hay nuevos encantos

que así te obliguen? qué tienes?

no te fias de un Criado?

**Carl.** Nada reservé de tí;

y así, aunque tu ingenio raro

no puede en esta ocasion

ser, como en otras, al caso,

previniéndote que sabes

el capricho de Alexandro,

sin que yo pueda entender

sus intentos soberanos,

escuchame, por si puedo,

á pesar de mi cuidado,

hallar, diciendo la causa,

la muerte por el atajo.

**Pil.** Por atajo morir quieres?

pues no miras que el atajo

es donde fundó Narvaez

de la destreza el amparo?

**Carl.** Esta mañana, Pilon,

por ese postigo falso,

que á las riberas conduce,

por breve senda de ramos,

si no del Pó caudaloso,

de mas ameno retrato,

inducido del calor,

tan de mañana fui al baño,

que aun el Sol no daba señas

de comunicar sus rayos,

en un sitio de esmeraldas,

hermosa estancia del Mayo,

tan bien texido, que apenas

registrar dexa su espacio,  
formé tienda de campaña,  
cuyo pavellon de ramos,  
fue de tantas confusiones,  
y tanto rigor teatro.  
La música de las aves  
la venida festejaron  
del Alba, que esta vez quiso  
en una carroza al campo  
darle nuevos resplandores,  
y envidia á la que aguardaron.  
A media tinta la luz  
huía el Planeta gallardo,  
comunicando á las flores,  
y como tarde llegaron  
sus rayos, viendo otro Sol,  
sin poder disimularlo,  
se le puso de corrido  
todo el semblante encamado.  
Llegó la carroza al rio,  
y despues que los caballos  
quitó el cochero, y dexó  
seguro el terrestre barco,  
salí del agua, y haciendo  
celosías de los ramos,  
logré la mayor ventura  
que vieron ojos humanos.  
De entre las cortinas bellas  
salió un prodigio tan raro  
de hermosura, que imagino,  
que á no tener deslumbrado  
con su vista mi discurso,  
fuera arrojó temerario  
pintarla, y el no tenerle,  
es la disculpa que hallo  
de arrojarme á conseguirlo;  
porque en esta empresa hallo,  
que discurrido el intento,  
no pudiera del espanto.  
Era una dama: ay de mí!  
y dos que la acompañaron  
comienzan á despojarla,  
y amor la ocasion logrando,  
iba en su aljaba poniendo  
todo quanto iban quitando.  
Del propio cayrel desatan  
todo un Abril, todo un Mayo,  
cuyo aparador de flores  
lió fragancia á todo el campo:

y de advertencia las damas  
la despojan de los lazos,  
que los llevaba de mas,  
con tanto asombro de rayos.  
Para componer el pelo,  
tal vez no ponía manos  
en las trenzas, sí azucenas;  
mas no dixé bien, quajados  
de cristal jazmines eran:  
intento, en fin, soberano,  
aunque su nieve no pudo  
apagar incendio tanto.  
Una media mascarilla,  
á pesar de su recato,  
me dió licencia que viese  
en un bruñido alabastro  
un clavel, que si le abria,  
eran los tesoros tantos  
que descubria en su centro,  
que es advertencia el dexarlos,  
por no ofender lo divino  
con un borrador humano.  
Al despojarla un justillo,  
que cerraban seis penachos,  
alamares de diamantes,  
descubrió el bello milagro  
la candidez de la nieve;  
pero como se encontraron  
los ampps y los luceros,  
archeros son del recato,  
por defenderla disparan  
tanto diluvio de rayos,  
que peligrara la vista,  
á no ser su intento en vano,  
pues ya yo estaba sin ella  
quando las flechas llegaron.  
Y mirándose tan bella  
en los cristalinos campos,  
dixo: guardense los hombres;  
cubrióse, y pasó al calzado:  
aquí no tuve que ver,  
porque aunque los ojos, argos  
del deseo, procuraban  
hallar los pies, era en vano,  
que mas que la vista eran  
sutiles, y no hay hallarlos.  
De alabastro un cendal cubre  
el prodigio mas gallardo  
que puede fingir la idea;

y viéndose con recato  
 en brazos de las dos damas,  
 llegó al río á darle abrazos,  
 y él parece agradecido,  
 que la dixo: estoy ufano,  
 madre de amor, pues que veo  
 que no se te habrá olvidado,  
 que de mis blancas espumas  
 fuiste venturoso parto.  
 Luego de los Ruiseñores  
 alabanzas se escucharon,  
 celebrando su belleza,  
 y me dieron tal asalto  
 con el acorde armonía,  
 que como estaba mirando  
 tanta hermosura rendido,  
 y era tan suave el canto,  
 si dura mas, me convierto  
 en viva estatua de marmol.  
 Salió del agua, y entonces  
 las dos Ninfas la esperaron  
 en un cambray, que fue concha,  
 adonde el Alba llorando  
 nectares, perlas llovió  
 por gozar el agasajo.  
 Fue servida del vestido,  
 y me pareció escusado  
 ofrecersele las damas;  
 porque si amor la juzgaron,  
 por qué vedan lo desnudo,  
 si conceden lo vendado?  
 Hicieron señal, y al punto  
 que vinieron los caballos,  
 parte el coche, yo le sigo,  
 sin duda alguna juzgando  
 era este bello prodigio:  
 de los muchos que nun llegado  
 á partir con la Duquesa  
 á Nápoles, y reparo  
 era su misma carroza.  
 Veola entrar en Palacio,  
 y con cautela registro  
 quanto pasa: voy al quarto  
 de Diana, y conocí  
 ser la que vide en el baño,  
 la que me quitó la vida,  
 la que rendido idolatro,  
 la que no puedo servir,  
 por ser prenda de Alexandro;

la que miro como á Reyna,  
 la que venero, notando,  
 que será esposa de un Rey,  
 y que yo soy su vasallo.  
 Este es, Pilon, mi tormento,  
 pues no basta haberme dado  
 la muerte la vez primera  
 que la vi, sino los Astros,  
 siempre para mí crueles,  
 con nueva ocasion me han dado  
 motivo para que muera,  
 ó viva desesperado.

*Pil.* Rigurosa es la ocasion  
 para aumentar tus cuidados,  
 porque ver:: quiero callar,  
 que para estarte escuchando,  
 es menester mucha cuenta,  
 para que no coma el diablo.

*Carl.* Ay de mi! *Pil.* Mira, señor,  
 porque veas al contrario  
 tu suceso con el mio,  
 has de saber que buscando  
 alguna ocasion de ver  
 á Flora, por quien me abraso,  
 en un cancel me escondí,  
 que tiene puesto en su quarto,  
 tan ajustado con él,  
 que era figura su espacio:  
 queria yo ver mi dueño  
 á un candil de garabato,  
 andar á caza de pulgas,  
 que fuera grande regalo,  
 que tambien tiene el candil  
 su estimacion en Palacio.

*Carl.* Quieres callar? *Pil.* Oye, pues,  
 que tiene sazon el caso.  
 Era ya la media noche,  
 al tiempo que oigo unos pasos,  
 como quando algun pison  
 asienta algun empedrado:  
 y entendiendo ver á Flora,  
 padecí terrible engaño,  
 porque venía una dueña  
 en dos chapines tan altos,  
 que dudé si este demonio  
 venía á acostarse en zancos.  
 Colgó un candil, y cerró,  
 y luego se fue quitando  
 una pieza de mortajas;



y así que llegó á los paños menores, yo no sé como no eché las tripas de asco. Descubrió un costal de tabas, y dixo medio llorando: Que haya yo quedado tal, despues de tantos regalos! Ven acá, triste de tí, vieja de todos los diablos, qué cuenta has de dar á Dios de haber vivido cien años sirviendo aquesta fantasma, sabiendo que no hay Christiano que no haga penitencia alguna por sus pecados? O, si permitiera Dios que ahora viniera Malco, y me diera en esta cara una bofetada, quanto me alegrara! Jesus mio, por vuestro amor lo pasara. Ea, mi Dios, permitidlo, merezca yo sentir algo de lo que vos padecistes: no me escuchais? con quién hablo? en fin, quereis que me cueste sin esta merced? pues vamos á dormir en el Señor. Apenas lo dixo, quando la doy tan gran bofetada, que fueron, señor, rodando vieja, chapines, bufete, velador y garabato. La Dueña, vuelta en Leon, decia á voces: borracho, en los infiernos lo penes, perro, traidor, sayonazo: Señor, yo tengo la culpa, mas no lo digo por tanto. (las!)

*arl.* Que siempre has de hablar de bur-  
l. Sí. mas son bu-las de manos.

*arl.* Dexame solo, Pilon,  
y trae de escribir recado,  
que he discurrido que es bien  
dar un papel á Alexandro,  
pidiéndole que me dé  
licencia para de tantos  
laberintos retirarme,  
porque en su presencia hallo

que no he de poder pedirla.  
*Pil.* Señor, dixo un Cortesano,  
que el que mira un imposible,  
y muere por alcanzarlo,  
ó tiene un poco de loco,  
ó mucho de mentecato.  
Aqui está la escribanía,  
yo voy á saber si acaso  
se le ha quitado á mi dueña  
la pesadumbre con Malco.

*Sientase Carlos en una silla, que estará  
junto á un bufete.*

*Carl.* No es acertado escribir,  
padezca yo, y Alexandro  
no conozca en mí flaqueza,  
y mas que haria reparo  
en ello, pues era fuerza  
conocer prudente y sabio  
la ocasion de mi retiro.  
Rendido estoy, ocupados  
de la pena mis sentidos,  
parece buscan descanso  
en el sueño: ay imposible!  
cómo sin vos he de hallarlo?

*Duermese, y sale Flora.*

*Flor.* Este es el quarto del Rey,  
y por mandado de Estrella  
le traigo aqueste papel:  
ó, ruego al Cielo que pueda  
darsele, sin que Diana  
por ningun caso lo entienda!  
El secreto me encargó,  
temerosa de la Reyna,  
y yo se le he de guardar,  
que no son todas parleras  
las que sirven, aunque siempre  
las mas de este mal flaquean.  
No hay nadie en toda la quadra,  
vaña fue mi diligencia;  
pero no, que en una silla  
el Rey está, llevo cerca;  
mas si no me engaño, duerme,  
el despertarle no fuera  
acertado, yo le pongo  
aqui el papel, porque pueda  
leerle quando despierte,  
que en su mano es cosa cierta  
que le dexo bien seguro,

porque no habrá quien se atreva  
á quitarle: fui dichosa  
en hacer la diligencia. *vas.*

*Sale el Rey por otra puerta.*

*Rey.* No he visto en todo hoy á Carlos,  
y mi corazon se queja  
de ingrato, quando padece  
un breve instante de ausencia.  
Que estaba, dixo Pilon,  
para escribirme con pena,  
para mi un papel, sin duda  
que retirarse desea  
del empeño en que le he puesto,  
por ignorar él mi empresa.  
Dormido está, no parece  
que padece las tormentas  
que tengo en mi corazon,  
pues tan gustoso sosiega.  
Ya tiene escrito, pues miro  
que cerrado el papel, muestra  
que es para mi el sobre-escrito:  
su intento enviarme era,  
y por no haber quien le lleve,  
se durmió con la tristeza.

*Quitase el sombrero, y se arrodilla.*

Carlos, señor, dueño mio,  
no hay en ocasion como esta  
menor Criado que yo;  
y si aguardáis á quien pueda  
darsele á Alexandro, aqui  
tiene, señor, vuestra Alteza  
quien adelanta rendido,  
preceptos que no le ordenas;  
que pues en lance como este  
no resiste la obediencia,  
sin duda es mi Rey, pues hallo  
alivio en soló tenerla.  
Yo le abro; mas qué miro!  
aqui firma la Duquesa  
de Mantua; qué es esto, Cielos!  
yo me engañé, porque ella  
le tiene por Alexandro;  
oh, quanto un acaso yerra!  
Pues cómo, si está en su mano,  
cerrado estaba? qué apriesa  
me avisa mi noble sangre  
de su pecho la fineza!  
Claro es que el no estar abierto,  
fue una noble resistencia,

muy debida al Real decoro  
que este caso manifiesta;  
porque si abierto le hallara,  
era dar á las sospechas  
de poca lealtad indicios,  
y en él no caben ofensas;  
pues no abrirle fue lealtad,  
fue respeto, fue grandeza,  
fue valor, fue discrecion,  
y fue finalmente prueba  
de ser su sangre un cristal,  
que lo Real manifiesta.  
Verdad es, que yo pretendo  
que ame á Diana bella;  
mas esto, como él lo ignora,  
aunque muera de sus flechas,  
está mostrando su sangre  
quién es en la resistencia;  
y así, con sola esta accion,  
averiguado que tenga  
amor á Diana, es digno  
de la Corona suprema.  
Vuelvo á cerrar el papel,  
que por ser de la Duquesa,  
aun fuera en mí mas delito  
que en Carlos, si le leyera.  
Como tan recien cerrado,  
aun no se rasgó la nema:  
vuelvo á dexarle en su mano,  
corrida el alma, que tenga  
color de ofensa una cosa  
que se hizo sin ofensa.  
Veré encubierto, si Carlos  
descubre algunas centellas,  
quando despierte de amor,  
que se logra en conocerlas  
el cariño mas ayroso,  
mas gustosa la fineza:  
ya despertó. *encubrese.*

*Carl.* Qué fantasmas  
he soñado? qué quimeras?  
sobre que miraba yo  
que la Corona suprema  
de Alexandro, mi señor,  
adornaba mi cabeza!  
qué terrible desatino!  
antes mil veces yo muera.  
*Rey.* Ha, hijo del gran Rodolfo,  
qué bien descubres sus prendas!

Eso que miras en sueños  
has de ver en evidencias.

*Carl.* Pero qué papel es este?  
Pilon puede ser que sea  
autor de aqueste embeleco,  
algo pide su agudeza.  
*Alexandro dice,* quiero  
abrirle; pero qué fuera  
que le enviase Diana?  
ya por sola esta sospecha  
fuera traicion el abrirle.  
Y así, pues dicen sus letras  
que es para Alexandro, yo  
se le he de dar á su Alteza,  
y sea de quien se fuere.

*Rey.* Hubo tan clara evidencial!  
Lo que yo habia presumido  
ordenó el Cielo que vea,  
dormido se le traxeron;  
segun el caso demuestra.

*Carl.* Verdad es que el Rey me dió  
la muerte en ver á la Reyna,  
mas no la ofendan mis ojos,  
que no importa que yo muera.  
Rendido estoy, es verdad;  
pero antes que se atreva  
mi vista á mirar al Sol,  
empañando su pureza,  
me daré mil veces muerte.  
Hoy pediré al Rey licencia  
para retirarme, donde  
jamás mire á la Duquesa,  
aunque si está ya en el alma,  
el huir qué me aprovecha,  
si donde quera que vaya,  
la he de llevar dentro de ella?  
Ay, Diana! ay, Alexandro!

*Rey.* Carlos? *Carl.* Señor, V. Alteza  
me dé los pies. *Rey.* Son los brazos  
aun para vos corta esfera:  
qué teneis, que me llamais?

*Carl.* Señor, no es mucho que tenga  
á vuestro nombre en los labios,  
que están en el alma impresas  
las mercedes que me haceis,  
y al faltar la Real presencia,  
todo es decir, Alexandro  
es alma de mis potencias.

*Rey.* Bien disimula: es papel? *ap.*

*Carl.* No he sabido cuyo sea,  
para quien es él lo dice,  
vuestra Magestad le lea.

*Rey.* Aunque dice aqui Alexandro,  
es para vos; no hay quien sepa  
que sois Carlos: ea, abridle,  
y parece que la letra  
es de muger; no le abris?  
qué haceis? no rompeis la nena?

*Carl.* Señor, cómo he de atreverme,  
si fuese de la Duquesa?

*Rey.* Qué importa, si yo os lo mando?

*Carl.* Solo puede la obediencia  
obligarme, gran señor,  
á leerle. La Duquesa:  
estais ahora contento?  
será bien que yo le lea?

*Rey.* Si lo estoy; leedle, pues.

*Carl.* Pues dice de esta manera;  
por venerar sus designios,  
no los culpo de imprudencia. *ap.*

*Lee.* A Nápoles, por casarme,  
vine, y pido á vuestra Alteza  
me vuelva á Mantua, que yo  
soy forzada en esta empresa:  
perdonadme el desengaño,  
que es mi suerte tan adversa,  
que aunque yo os quiero querer,  
ella no quiere que os quiera.  
Otro amor, señor, os llama,  
intentele su grandeza;  
porque le aguarda Diana,  
solo para ser Estrella.  
Esto que dice de suyo,  
conocerá, quando vea  
que muda de parecer,  
si hay faltad en la nobleza.

*Rey.* Misterioso está el papel, *ap.*  
lo que penetro concuerda  
con lo que me dixo á mí  
estando con la Duquesa,  
de que no podia amar  
al Rey; sin duda son quejis,  
viendo en Carlos lo remiso,  
de esta suerte se remedia.

*Carl.* Y qué hemos de hacer ahora?  
señor, dexa lo que intentas,  
pues dice que no me quiere,  
bien claramente lo muestra:

No mirais que me aborrece?  
 declaraos, dad licencia  
 que yo la diga á Diana  
 quien soy. *Rey.* Suspended la lengua;  
 antes ordeno que al punto  
 volvais cariñoso á verla,  
 y la deis satisfacciones  
 no tibias, sino de veras.  
 Haced cuenta que sois *Rey*,  
 presto pasará esta fuerza,  
 que antes que acabe su curso  
 hoy ese quarto Planeta,  
 vereis este laberinto  
 sin confusion, sin tinieblas.  
 Esta experiencia me falta,  
 haced la ultima fineza,  
 porque habeis de conocer,  
 que aunque os pongo en la tormenta,  
 á lo mucho que debeis  
 no habeis de hallar recompensa. *vas.*

*Carl.* A lo mucho que debeis  
 no habeis de hallar recompensa?  
 claro está que no he de hallarla,  
 que son muy cortas las fuerzas  
 de un vasallo, y quanto hiciere,  
 nada es paga, sino deuda.  
 Volveré á ver á Diana  
 con amor y reverencia,  
 que he de vencer por mi *Rey*  
 tanto harpon y tanta flecha.

*Vase:* canta dentro una voz, y sale por una  
 puerta Estrella, y por otra Astolfo, con un  
 pañuelo, que se pondrá en los ojos  
 á su tiempo.

*Cant.* El valeroso Guillermo,  
 honor y amparo de Mantua,  
 derrotado y mal herido  
 se sale de la batalla.

*Est.* Siempre que escucho esta historia  
 se me parten las entrañas.

*Ast.* Ay de mi! qué es lo que escucho?  
 ya noto quan señalada  
 fue mi tragedia, pues veo  
 que en otro Reyno se canta!

*Cant.* Huyendo de su enemigo,  
 lleno de mortales ansias,  
 le despenó al Apenino,  
 dando fin á sus desgracias.

*Est.* Qué dolor! viven los Cielos,

que si en el lance me hallara,  
 que como leona, á quien  
 los cachorrillos la faltan,  
 y viendo que en todo el monte  
 hallar no puede la causa  
 de su dolor, herizando  
 la rubia melena, arranca  
 los árboles, que á su furia  
 son aristas delicadas;  
 asi yo en el homicida,  
 Belona de la campaña,  
 hiciera tan grande extremo,  
 que diera asunto á la fama,  
 á que en bronces esculpiera  
 mi valor, y la venganza.

*Ast.* Es verdad que el Apenino  
 me recibió, mas sus aguas  
 fueron sagrado á mi vida;  
 pero tercera vez cantan.

*Cant.* Y á la sin ventura Estrella,  
 por hija de este Monarca,  
 la puso el cruel Rugero  
 el cuchillo á la garganta.

*Ast.* Ay dulce y querida hija! *llora*  
 veinte años ha que me faltas,  
 y otros tantos ha que estás  
 dando tormento en el alma!  
 Jardinero, no prosigas.

*Est.* Villano, no cantes, calla.

*Ast.* Pues quiéa sois, señora mia,  
 que puede esta historia amarga  
 causaros tan gran disgusto?

*Est.* No conocéis á Diana?

*Ast.* Válgame Dios! y aun por eso  
 la dió disgusto escucharla,  
 que no quiere su delito  
 oir nadie cara á cara.

No quiero mirarla al rostro,  
 que puede ser que al mirarla  
 retrato de mi enemigo,  
 dé el último aliento el alma.

Perdonad, Duquesa ilustre:  
 ilustre dixen? se engaña *ap.*  
 la lengua: el no conoceros. *de rodil*

*Est.* O qué venerables canas!  
 levantad: sois vos Astolfo,  
 á quien celebra la fama?

*Ast.* El mismo soy. *Est.* Pues decid:

*Ast.* Temblando estoy de mirarla.

Est. Qué teneis con esa historia,  
que tanto dolor os causa?

Ast. Qué tengo? haber conocido  
á Guillermo en sus desgracias;  
fui compañero en sus males,  
y quedóme tan grabada  
en el corazon su pena,  
que lloro en solo escucharla.

Est. A Guillermo conociste,  
cuyas ilustres hazañas  
aun no ha podido la envidia  
del cruel Rugero borrarlas?

Tú aquel varon conociste,  
á quien, sin ninguna causa,  
le quitaron la Corona,  
y con la vida, la fama?

Tú fuiste su amigo acaso?  
pues cómo, dime, te tardas  
en pedirme que te dé,  
padre, en albricias el alma?

Ast. En albricias? pues, señora,  
no has dicho que eres Diana?

Est. Es verdad. Ast. Pues si lo eres,  
la Magestad cómo engaña?

Rugero no es vuestro tio,  
quien al gran Duque de Mantua  
le despojó de su Reyno,  
dió muerte á toda su casa,  
mató todos sus parciales,  
alteró todas las plazas,  
hizo que se despeñase,  
y dando fin á su rabia,  
mató la luz de una Estrella,  
heredera de su casa? *llora.*

Est. Tanto lloras? Ast. Y aun es poco

dar la vida, si repara  
mi atencion, en que mostrais  
que os pesa de sus desgracias,  
quando miro de Rugero,  
que sois una viva estampa,  
y que teneis heredado  
el nombre de ser tirana.

Ya lo dixe, la razon  
no dió lugar á templanza:  
mas qué miro! Cielo santo, *ap.*  
en el rostro de Diana  
veo estampado el de Estrella,  
si las señas no me faltan.

Est. No sé qué tiene en el rostro, *ap.*

que aunque arrojado me habla,  
sin atender á la ofensa,  
me enternecen sus palabras.

Respondo por la Duquesa,  
que su virtud soberana  
le respondiera lo mismo,  
si en este lance se hallara,  
como noté muchas veces,  
tratando este caso en Mantua.

Astolfo, no puede ser,  
que aunque es Rugero mi tio,  
que tenga yo mi alvedrio  
libre de su proceder;  
en mí es preciso tener  
parte alguna en su traicion?

No puede mi corazon,  
viendo tan grande fiereza,  
obrar como su nobleza,  
y dexar su inclinacion?

Y por eso no es Diana  
en su Imperio soberano,  
aunque se le dió un tirano,  
como habeis dicho, tirana:  
es apacible y humana,  
y vereis esta verdad,  
en que viendo la amistad  
que con Guillermo has tenido,  
os ofrece agradecido  
su pecho la Magestad.

Ast. De dos cosas admirado  
estoy, quando aqui os asisto:  
la una, de haberos visto,  
y el haberos escuchado.

En veros miro un traslado,  
que es de Guillermo testigo,  
y en escucharos consigo,  
que si mi amigo viviera,  
en vuestra Magestad viera  
una hija y un amigo.

Una hija, que fue Estrella,  
que el gran Príncipe perdió,  
que niña conocí yo,  
y os pareceis mucho á ella:  
amigo hallara, pues bella  
descubris vuestro valor,  
pues que sentis el rigor  
de tanta adversa fortuna;  
y así, sin duda ninguna,  
se halla todo en vuestro amor.

*Est.* Que en efecto conociste á Estrella? *Ast.* La conocí; siendo muy niña la vi.

*Est.* Y dónde, Astolfo, la viste?

*Ast.* En Palacio: ay de mi triste!

*Est.* Y á mí se pareció Estrella?

*Ast.* Fue por extremo muy bella.

*Est.* Mucho me da que entender no saber quien me dió el ser, y ser parecida á ella. *ap.*

Si acaso el Cielo guardó mi vida? mas es quimera, aunque no lo dudo mucho del aliento que me lleva. Si la virtud de Diana acaso:: que te despeñas, imaginacion, detente, pues que te tiro la rienda. A Astolfo veré despacio, porque miro en su presencia una deidad ignorada, á quien mi atencion respeta. Astolfo, volved á verme, porque quiere mi grandeza tratar con vos muchas cosas. *vas.*

*Ast.* No he de poder, aunque quiera, dexar de serviros siempre. Volvióne el alma de cera, no dudara ser mi hija, si no la hallara Duquesa: confuso estoy de haber visto que se parezca á mi Estrella, si no es que se me han borrado de su hermosura las señas. Quiero ver á Federico, pues solo con darle cuenta de lo que pasa, le templa algo el rigor de sus penas, y aun de las mias tambien, pues de la mina tan cerca estoy; pero Carlos viene, encubrirme será fuerza detras de aquestos jazmines, mientras pasa. *Sale Alex.* Ya desea mi corazon ver á Carlos, que conozca mis finezas. Aquí fue donde mi padre, si no me engañó la idea, se me apareció en las sombras,

y no he de hallar, aunque quiera, avisos mas evidentes; pues aunque yo no tuviera mas desengaño, que verme sin el rigor de mis penas, me bastara solamente.

*Ast.* Qué es lo que Carlos intenta? sin duda que sabe el sitio de la mina, pues en ella se ha parado; pero escucho, que está confusa la idea, hasta saber qué pretende, porque yo no sé que sepa que tiene á su padre vivo.

*Alex.* O si los Cielos quisieran que Federico volviese!

*Ast.* No penetro lo que intéta. *Al Federico.*

*Debaxo alis.* Llega, Astolfo, que la mina está dispuesta.

*Alex.* Cielos, qué es esto que escucho!

*Ast.* Que soy yo sin duda piensa.

*Alex.* Astolfo, aguarda, qué es esto?

*Ast.* Salir aqui será fuerza, y declararle el secreto, pues no hay riesgo en que lo sepa Carlos. *Alex.* Confuso me hallais.

*Ast.* No sé yo, Carlos, quien sea el que tiene de los dos mas confusion, quando llegan á mis oidos las voces de estar en vuestra presencia: á Federico llamais?

*Alex.* Es tan terrible la pena de su muerte, que en estando sólo, el amor que me alienta, todo es decir: Federico. disimulo; y de esa peña *ap.* oí una voz que me dixo: llega, Astolfo, que dispuesta la boca está de la mina, y el alma duda qué sea.

*Ast.* Vuestro padre no fue el Conde?

*Alex.* Así el alma lo confiesa.

*Ast.* Pues si os criasteis con él, la mina no se os acuerda que tiene aqueste jardin?

*Alex.* Nunca me d ó parte de ella.

*Ast.* Pues mirad, no esteis confuso, nada, Carlos, os suspenda.

Federico vuestro padre no murió, porque le encierra esta gruta, desde el dia que se publicó la nueva de mi venida, porque regido de mi prudencia, llegó desde el Apenino, adonde por su nobleza él se habia retirado; y aquella carta secreta que vos disteis á Alexandro, fue para Rodulfo, y esta declaraba como sois de la Corona suprema de Nápoles sucesor; y por esta razon mesma os dixé yo de Alexandro la causa de sus tristezas, porque ya habia Federico dadome de todo cuenta.

*Alex.* Pues cómo, saber pretendo, de la Corona suprema puedo ser yo el heredero?

*st.* No os dixé, si se os acuerda, que os trocaron al nacer? y en la carta daba cuenta de todo al Rey, Federico, y jamás de él se supiera; pero como murió el Rey, y quedó su hijo, intenta, ayudado de mi industria, ver si la grande nobleza de Alexandro, restituye la Corona á tu cabeza.

*lex.* Hubo tan gran desengaño! *ap.* Y esta mina adonde llega, que nunca á mí quiso el Conde decirmelo? *ast.* Tiene hechas debaxo hermosas estancias.

*lex.* Pues para que mejor pueda lograr mi padre su intento, si acaso tiene otra puerta la mina, llama á mi padre.

*st.* Pues qué es, Carlos, lo que intentas?

*lex.* Ya lo sabrás, que he de hacer que todos los Orbes sepan el valor de Federico.

*st.* Pues voy, con vuestra licencia, por la otra puerta á llamarle. *vas.*

*Alex.* Sabrá el mundo mi nobleza. ¡Raro caso! Vive Dios, que fue, con toda evidencia, mi padre el que la otra noche se valió de la cautela de difunto, porque así no conocerle pudiera.

*Sale Aur.* Qué haces, señor, desta suerte, quando la flor de tu Reyno á las puertas de la Quinta, á pesar de tu precepto, quieren entrar? *Sale Carl.* Alexandro, de Mantua todo el Imperio está poblando los campos, á grandes voces diciendo que donde está su Duquesa, porque como se volvieron sin verla casar, sospechan algun contrario suceso, y así mira lo que intentas.

*Sale Pil.* Cuerpo de Christo, qué hacemos? á toda Velflor nos cercan, que presumen que te has vuelto Minotauro, como estás en el laberinto puesto.

*Sale Dian.* V. Magestad, señor, á *Carl.* como prudente, y tan cuerdo, remedie estos alborotos.

*Alex.* Abrase la Quinta, Aurelio. Y Diana dónde está.

*Sale Est.* Confusa en ver tanto estruendo.

*Alex.* Entre Nápoles y Mantua.

*Carl.* Lo que esos dicen te advierto.

*Dent.* Hable Carlos por nosotros, diga que se queja el Reyno de que no ven de su Rey la Magestad y el Imperio.

*Carl.* Esto es, señor, que desean, logrando tu casamiento, verte en público gustoso.

*Dian.* Qué escucho? válgame el Cielo! luego Carlos no es el Rey?

*Alex.* Oidme todos atentos.

Napolitanos valientes, de la tristeza mi exceso nacia de que no era de vuestra Corona dueño; hijo soy de Federico, esto lo sé por muy cierto:

Carlos es vuestro Monarca,  
del gran Rodolfo heredero;  
por acaso nos trocaron,  
cuyo admirable suceso  
sabreis en Nápoles todos;  
y así, yo soy el primero  
que la obediencia le doy.

*Carl.* Dudando estoy lo que advierto.

*Alex.* Decid todos: viva Carlos.

*Aur.* Quién ha de dudar de hacerlo,  
si sois el interesado?

y así, diga todo el Reyno:

Viva Carlos. *Todos.* Viva Carlos.

*Est.* Ya murió todo mi aliento!

*Alex.* Ea, gran señor, ahora  
conocereis mis intentos.

*Dian.* Hubo tan grande prodigio!

*Pil.* Parece casa de Griegos.

*Est.* Cómo vuestra Magestad  
no se declara? teneos,  
porque yo no soy la Reyna.

*Dian.* Sí lo es; oid atentos.

*Al paño Astolfo y Federico.*

*Pil.* Ya escampa, y llovian ladrillos.

*Dian.* Mantuanos Caballeros,  
y Napolitanos nobles,

Alexandro, cuyo esfuerzo  
con esta acción ha dexado  
cautivo mi entendimiento:  
yo soy la misma Diana,  
sobrina del cruel Rugero,  
que tiranizó el Estado  
al infelice Guillermo:  
mató todos sus parciales::

*Ast.* Qué escucho? válgame el Cielo!

*Dian.* Y habiéndole dado muerte,  
buscó rabioso y sediento,  
para quitarle la vida,  
al prodigio que estais viendo.  
Esta es Estrella, Mantuanos,  
hija del grande Guillermo,  
que la guardó mi lealtad  
para volverla su Reyno.

*Ast.* No me engañó á mi la vista.

*Fed.* Cómo no mata el contento?

*Est.* Es de tal suerte la dicha,  
que ya no cabe en el pecho.

*Alex.* Aun falta mas. *Aur.* Pues qué falta?

*Alex.* Que salga á vista del Pueblo

mi padre, el gran Condestable,  
pues se retiró, temiendo  
no le costase la vida  
revelar este secreto,  
como testigo de vista,  
por ser el autor del truco.

*Salte Fed.* Así es verdad, yo

fui la causa del suceso,  
que por dar gusto á mi Rey,  
sin prudencia y sin acuerdo,  
caulé el yerro que mirais,  
con fin tan dichoso y bueno;  
mas aun falta otro prodigio,  
y es, que el Príncipe Guillermo,  
Duque de Mantua, está vivo,  
dadle la obediencia luego,  
pues la concedeis á Estrella.

*Tod.* Si damos. *sal Ast.* Pues ya Guillermo

está presente, vasallos,  
que veinte años encubierto  
estuve en el Apenino,  
hasta que quiso el decreto  
de Dios, que el gran Federico  
fuese norte á mis aciertos.

*Est.* Ay padre del alma mia!

*Ast.* Ay hija de mis deseos!

*Fed.* Ay hijo, flor de lealtad!

*Alex.* Ay padre, de quien la heredó!

*Carl.* Por un Reyno que me dais,  
os quiero dar otro Reyno;  
Mantua es ya vuestra, Alexandro,  
de Diana dulce empleo,  
aunque fuera poco un mundo,  
Alexandro, á lo que os debo.

*Dian.* El Estado que dexé,  
me da mejorado el Cielo.

*Carl.* Dichosa la Monarquía  
que tiene vasallos buenos!

Estrella, aquesta es mi mano.

*Est.* Y la mia, dulce dueño.

*Alex.* Yo se la doy á Diana.

*Dian.* De mi lealtad es el premio.

*Pil.* Yo tambien caso con Flora.

*Carl.* A Nápoles, Caballeros.

*Pil.* Y Tomás Manuel aqui,  
si le perdonais sus yerros,  
que al Noble su sangre avisa,  
dirá al mundo, para exemplo.

F I N.